

Un
HIGHLANDER
en mi vida



CARLOTA
MANZANO

Un
HIGHLANDER
en mi vida

CARLOTA
MANZANO

Primera edición.

Un Highlander en mi vida

© 2020, carlota manzano.

Imágenes de adobe stock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Capítulo 1

—“*Escúchame, compréndelo, es imposible nuestro amor...*”

—¿Tú sabes que lo tuyo es la bomba, Bonnie?

—¿Por qué la bomba? —Hizo el gesto de estallar y provocó mi risa.

—Porque debes ser la única escocesa en el mundo que cante por Camela, por eso.

—Pues tu culpa ha sido, Patricia...

Jamás pensé que fuera a divertirme tanto con aquella petarda a la que ya consideraba una media hermana. Desde que llegó a la Facultad de Veterinaria de Córdoba, vía Erasmus, me di cuenta de que nosotras íbamos a disfrutar de una amistad de esas que son un tesoro, que trascienden en mucho a unas buenas borracheras de fin de semana y a una ensarta de abrazos fraternales después de aprobar los exámenes de junio.

Bonnie se había convertido en mi paño de lágrimas en aquel último curso que se me antojó el más gris de todos y el momento más complicado de mi joven vida, a mis veintitrés añitos. La razón no era otra que mi novio, Kilian, le había puesto ese último año mucho empeño a las clases, pero no a las que impartían en las aulas, sino más bien a unas clases privadas de anatomía que le impartió Miriam, la buenorra de nuestra promoción, a puerta cerrada.

Lo peor del asunto fue lo rematadamente tonta que me sentí cuando tomé conciencia de ello, pues de nada sirvió que los rumores por el campus se extendieran como la pólvora. “¿Mi Kilian? No, él es incapaz de una cosa así”, contestaba yo a aquellos que querían ponerme en antecedentes para evitar que el gran disgusto de mi vida llegara encima en forma de sorpresa.

Cuán vanidosas podemos ser las personas, ahora lo sabía. Durante aquellos meses en los que me convertí en la comidilla de nuestro entorno, ni en una sola ocasión di crédito a las que consideraba malintencionadas palabras de unas lenguas viperinas demasiado aburridas por no contar en sus vidas con una preciosidad del estilo de mi Kilian, que yo no sabía si era más bonito por dentro o por fuera.

“Antes me corto un brazo que ponerte los cuernos”, solía decir en el comedor del Colegio Mayor cuando, un tanto agobiada, yo le confesaba que no entendía por qué la gente tenía tanta maldad y podía inventar infundios semejantes. Pues nada, el muchacho iba a lucir muñones que era un gusto.

Otra de las perlas que solía añadir al respecto era que la gente le daba a la sin hueso “porque no se quieren como tú y yo”. Según Kilian nuestro amor sería leyenda, que él era muy de Alejandro Sanz, pura sensibilidad a simple vista.

Y hablando de vista, la mía fue mi tabla de salvación pues, aquel aciago día que, entre risas, salí de la biblioteca con Bonnie y vi a Kilian comiéndose lo que viene siendo todo el filete con Miriam a plena luz del día, comprobé que no hay mejor ciego que el que no quiere ver y entendí de golpe que iba a ser el blanco de todas las miradas de la facultad, por los siglos de los siglos.

Suerte que en ese momento Bonnie me sujetó, porque de no haber sido así, aquellos dos hubieran tenido que ir a por una peluca ipso facto. Y es que no me faltaban ganas de desmoñarlos, en particular a él, la rata ponzoñosa que debía pensar que los cuernos me quedaban fenomenal y decidió hacerme un cambio de look gratis.

A partir de ese momento el ambiente se enrareció hasta el punto de que la tensión podía cortarse con un cuchillo cada vez que coincidía con uno de los dos. No en vano, al dolor de saber que me la llevaban dando con queso en toda mi jeta durante meses, tuve que sumar el de que debían haberse apuntado a un concurso de “tortolitos del año”, ya que no había manera de doblar una esquina del campus sin que me los encontrara derrochando amor a raudales.

A consecuencia de aquello, la convivencia se convirtió en una especie de martirio chino, por

lo que opté por irme a mi casa de Cádiz todos los fines de semana, cuando venía haciéndolo uno al mes hasta ese momento.

El primer viernes que hice la maleta para volar al nido paterno hasta el domingo por la tarde, me sorprendió ver a Bonnie haciendo también la suya.

—¿Y eso? —le pregunté.

—“Eso” es porque no pienso dejarte sola en este mal buche por el que estás atravesando—me respondió en aquel español en el que ya tanto afinaba, aunque de vez en cuando le bailara alguna palabreja.

—Será en este mal trago. —Le sonreí pensando en que qué mierda importaba en realidad cómo se dijera cuando lo que primaban eran los sentimientos de una persona que no se cansaba de demostrarme que era una de esas amigas que se cuentan con los dedos de una mano.

—Eso, como se diga...

—Pero yo no soy precisamente la alegría de la huerta en estos momentos...

—Bueno, pues me tendrás que compensar diciéndole a tu madre que me haga unas tortillitas de esas de... ¿cómo se llaman? Las que dices que están tan buenas.

—De camarones y eso está hecho. —Recuerdo aquel abrazo con emoción.

A partir de ahí comenzó una nueva etapa. Entre semana estábamos en Córdoba y yo tomaba sal de heno por kilos para digerir lo que allí tenía que ver y los fines nos íbamos a Cádiz, a disfrutar del buen tiempo, de la playita y de la compañía de mis padres, que acogieron a Bonnie como si fuera una hija más. Hasta mi hermano Roberto, de diez años y que es un trasto, hizo las mejores migas con Bonnie.

Y así transcurrieron unos meses que me pesaban como una losa, pero que sirvieron de amortiguador para mi dolor. Normalmente, era poner los pies en Cádiz y reunirnos con mi mejor amiga desde la infancia, Virginia, para corrernos unas juergas de aúpa en las que yo ahogaba las penas en alcohol y, con llanto hiposo, solía terminar a la hora de los churros deseándole a la parejita lo mejor, esto es, que los partiera un rayo.

Y entre rayo y rayo, llegó el final de curso y aunque me costó Dios y ayuda el concentrarme en los exámenes, me dije a mí misma que aquellos dos ya me habían aguado bastante la fiesta como para ahora también dar al traste con mis estudios. Así las cosas, me puse manos a la obra, hincé codos a la bestia y hasta una matrícula de honor me traje, que esas no las había visto yo en mi currículum académico en la vida.

Pero la sorpresa, con mayúsculas, llegó un día antes de que Bonnie volviera a sus amadas Highlands, las Tierras Altas de Escocia, ese lugar icónico por excelencia y que la vio nacer. Mientras preparaba las maletas la vi con dos billetes de avión en la mano y me dijo que uno llevaba mi nombre.

—¿Qué dices, loquilla? —le pregunté con las bolas de los ojos dándome vueltas como a Marujita Díaz.

—Te vienes a mi casa, ¿o es que yo me voy a hartar de tortillitas de camarones y tú no vas a probar las especialidades de mi madre? Que allí también comemos, ¿eh? Y, además, a ti te hace falta lo que dice la tuya, eso que no me sale...

—Un cañonazo de calorías dice ella, que siempre me ve raquítica.

—Hombre, ahora un poco de razón sí tiene, que te has quedado que hace falta pasar dos veces para verte, guapita.

En cuestión de un rato, yo ya tenía la maleta preparada, aunque por desgracia, lo primero que volví a meter en ella fue la pena por el desgraciado ese de Kilian, cuyo recuerdo no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Iba con billete de ida, pero no de vuelta. Y no, no es que pensara quedarme en las Highlands a vivir, sino que mi amiga pensó que mejor dejar el mundo correr y que me quedara el tiempo que fuera necesario para que mis heridas cicatrizaran.

A punto de aterrizar en el aeropuerto de Edimburgo, volví a notar mi corazón palpar y eso me emocionó, pues hacía una buena temporada que parecía vivir en una especie de encefalograma plano que ni sentir me dejaba.

—Te va a encantar— me decía todavía tarareando por Camela, que no había cosa que pudiera hacerme más gracia. A mi madre le gustaba mucho su música y, por ende, mi amiga se había hartado de escucharla en casa en esos fines de semana en los que estrechamos unos lazos que nos estaban llevando a compartir momentos muy especiales.

—No tengo duda, por algo los highlanders causan furor.

—*Wow*. —Puso ella los ojos en blanco.

—Que, por cierto, todavía no has contestado a mi pregunta de si llevan ropa interior debajo de los kilt. —Quería cambiar el tercio, bromear, volver a sentir que estaba en el mundo.

—Tú quieres saber si tienen la campanita suelta o no, pues vas a tener que preguntarle a uno de ellos. —Su miradilla maliciosa me hizo ver que estaba dispuesta a que nos lo pasáramos mejor que bien allí.

—Qué guarrilla...

—¿Yo guarrilla? No soy quien ha preguntado con ojos de viciosilla lo que hay debajo del kilt.

Tenía que reírme con ella sí o sí. Y hablando de reírme, ella ya me había avisado de que, con lo mucho que yo tiritaba, me iba a enterar de lo que valía un peine, pues el verano escocés iba y venía en menos tiempo del que se necesita para contar un chiste. Que esa era otra, que también me había comentado que mis chistes allí iban a causar sensación, pero lo cierto es que no yo tenía el chichi para farolillos y no me veía en esas tierras tipo Paz Padilla, ya veríamos.

Miré a mi amiga y a su perfecta y aterciopelada tez blanca que conjuntaba con su entusiasta mirada verde y sus cabellos pelirrojos en bucle. Bendita su aparición en mi vida, cuántas cosas me estaba enseñando. Aunque ella decía que eso era mutuo y que de nosotros también aprendía cada día, incluso de Roberto que siempre le comentaba que ella se llamaba como sus pastelitos preferidos, Bony. En esos momentos nos mirábamos incrédulas, sintiendo ambas por igual que el enano de la casa estaba flirteando con ella.

Por fin desembarcamos y ahí conocí a esa mujer de la que tanto y tanto había escuchado hablar, Aila, la madre de Bonnie. Su afectuoso abrazo y la forma de decirme que me daba la bienvenida a su familia me hizo constatar que aquella había sido una buena decisión, pues con ellos iba a sentirme como en casa.

Entre abrazos y en mi caso presa de la emoción, montamos en su coche para recorrer los escasos trescientos kilómetros que nos separaban de Fort William. Nada más echar a andar tomé conciencia de que los encantos de Escocia no me iban a dejar indiferente. Me acordaba de Roberto y de lo mucho que me había dicho que era una cara dura porque iba a visitar sitios en los que habían filmado la primera escena de “Harry Potter y la Orden del Fénix”, saga que le entusiasmaba a tope.

Como quiera que no llevábamos prisa, nada más salir de Edimburgo hicimos una paradita en Cramond Beach. Mi amiga, que me había hablado largo y tendido de ese lugar, aprovechó para enseñarme por encima esa cucada de pueblo cuyas gentes sobresalían por su amabilidad.

Se trató de una primera toma de contacto con el país que me dejó el mejor sabor de boca, mientras tomábamos con Aila un tentempié y la poníamos al día de nuestras andanzas en los últimos meses.

No tardó en saltar a la palestra el tema estrella, el de Kilian, y la buena mujer se mostró de lo más condescendiente, diciéndome que hombres así no eran hombres ni nada, a lo que yo le di la razón pues aquel miserable rastrero no había hecho más que vejarme sin contemplaciones y pasarme a Miriam como un trofeo por toda la cara el resto del curso. Tenía que tapar la herida, tenía que hacer que dejara de sangrar y creía estar en el lugar y el momento idóneos para hacerlo; las Highlands.

Capítulo 2

Conforme nos fuimos acercando al pequeño pueblo costero de Fort William divisé unos de los paisajes más bellos que mis ojos hubieran visto nunca. No me extraña que Bonnie lo calificara normalmente como el paraíso, no podía ser más de cuento.

Situadas al oeste de Escocia, las tierras de aquel lugar incomparable están bañadas por las aguas de lo que ellos consideran un lago, el Loch Linnhe, que en realidad es un fiordo.

Llegamos y tal y como me lo había definido Bonnie, el tiempo se mostraba fresco y mayormente nublado. Suerte que yo llevaba mi chaqueta...

—¿Hiciste bien o no en meter ropita de abrigo? —me preguntaba.

—Sí, sí, y esto a plena luz del día, ya veremos las noches, que yo no me he traído el poncho peruano.

Aila se rio y me dijo que yo tenía muy buen inglés, algo que tenía que agradecer en parte al pastizal que se habían gastado mis padres en clases de academias privadas y al año que había pasado en compañía de Bonnie, que me había soltado la lengua tela, y no me refiero solo a la hora de dedicarles improperios a mi ex y a su nueva conquista.

Al llegar a su casa tomé conciencia de que aquella iba a ser una ocasión única para recorrer la virgen naturaleza de las Highlands, y que sería la base desde la que podríamos explorar montañas y lagos.

Tras bajarnos del coche me dediqué a mirar aquella edificación que parecía haber sido levantada con todo el mimo del mundo. Su fachada no podía ser más clásica, en colores blancos y azules, y con un absoluto predominio de la madera, ese elemento que tanta calidez aporta y que era tan de mi gusto. Su tejado a dos aguas, tan característico, suponía la guinda del pastel.

—¡Casi *ná* lo del ojo y lo llevaba en la mano! —solté en un perfecto gaditano, dejándolas a cuadros y con Aila con cara de no entender nada.

—Eso que has dicho debe ser parecido a eso otro tan gaditano de “toma carná, pescaíto”, ¿no? —me preguntó y me desarmó, pues me doblé de la risa.

Aquella frase en boca de mi amiga y con ese acento que era para troncharse, no tenía precio. Luego le vino a explicar a Aila que yo consideraba que la casa era una auténtica pasada, y no era para menos.

Lo amplio de sus estancias y aquellos colores pastel con los que estaba decorada me hizo pensar que allí se curaban todos los males, pero la certeza absoluta de ello llegó cuando en aquella cocina que había que recorrer en patinete, me asomé a su enorme ventanal y divisé las hermosas vistas al lago que ofrecía.

Se trataba de una de esas cocinas en las que se podía hacer vida, ¡por Dios si yo había visto apartamentos que cabían en ella! En una de sus esquinas habían situado una zona de office que invitaba a largos desayunos regados con charlas o a sobremesas eternas...

Varias estancias con sus respectivos baños, un salón con dimensiones olímpicas y un amplio porche en uno de los laterales de la casa, que invitaba a la contemplación de la vida salvaje del lago; pues Bonnie me había comentado en diversas ocasiones que por las mañanas solía despertarse con la vista de nutrias, garzas, focas y aves marinas como visitantes habituales.

Una barbacoa al lado del agua me hacía también pensar que las comilonas que allí debían organizarse debían ser épicas. Estaba tomando algunas instantáneas para pasárselas a mi madre cuando una voz anciana me llamó desde el interior de la casa.

—Tú debes ser Patricia—me dijo aquella señora cuya nevada cabeza me resultó de lo más tierna.

—Y usted la abuela Davida. —Corrí a abrazar a aquel personaje del que tantas historias me había contado mi amiga—. No la había visto, ¿dónde estaba?

—Hija, es que acabo de llegar, una ha menguado, pero todavía se la ve venir. Y, por cierto, ya me estás tuteando, que peino millares de canas, pero me siento como una chiquilla de quince años.

—¡¡Abuelita!! —chilló Bonnie y dio un salto hacia ella que dejaba poca duda sobre el cariño que le profesaba.

—Hija mía, qué ganas tenía de verte, pero casi me desmontas. ¿De dónde vendrá ese entusiasmo tuyo? —Rio.

—¿De quién va a ser? De ti, ¿o es que hace falta que empiece a largar todos los apodos por los que te han conocido? No hay otro carisma como el tuyo en todas las Highlands...

—Ni en sus alrededores—añadí pensando que la fuerza de aquella mujer me recordaba mucho a la de mi abuela Carmen, una gaditana de pro que siempre llevaba a la virgen del mismo nombre en forma de medalla en el pecho y que constituía para mí todo un ejemplo de lucha y de entereza.

—Bueno, bueno, vosotras ahora lo que tenéis que hacer es buscar unos buenos mozos con los que pasar un verano de escándalo...

—¿Cómo? —La miré enarcando una ceja por lo sorprendente que me había resultado su comentario.

—Unos buenos mozos, ya sabes unos highlanders de esos de los de las novelas, unos que os empotren...—Esa última coletilla la soltó en español y me dejó literalmente de piedra. ¿Me habría jugado la imaginación una mala pasada?

—Abuela Davida...—murmuré.

—Sí, sí, has escuchado bien, que os empotren. Hace muchos, muchos años, antes de casarme con mi Angus, yo tuve un novio español que vino a formarse como buzo y por eso tengo algunas nociones del idioma.

—¿Como buzo, desde allí? —le pregunté un tanto extrañada.

Bonnie me contó que buzos de diversas nacionalidades acudían allí desde antiguo para ahondar en su formación, y entonces recordé que me había comentado que su propio hermano, Alec, era formador en esa escuela.

De hecho, también me había dicho en ocasiones que su tierra era como una enorme zona recreativa al aire libre que solía estar llena de visitantes ávidos de actividades y emociones fuertes, como deportes acuáticos, amén de los de montaña y la escalada.

Poco tenía de extraño aquello, pues desde que llegué noté una grata sensación de paz entre cañadas, ríos, lagos, montañas y el mar. Nos habíamos levantado prácticamente a media noche y me sentía agotada, pero tenía la sensación de que aquel lugar me iba a reportar no pocas satisfacciones.

La abuela le tomó el relevo y me dijo que aquel muchacho había sido el gran amor de su vida, pero que fue la distancia cuando él volvió a España la que terminó por separarlos.

—Antes nos teníamos WhatsApp, ni Skype ni perrito que nos ladrara, tenías que conformarte con una carta que iba más lenta que un piojo en costura y aquella forma de comunicación nos desesperó a ambos. No perdáis ni una oportunidad, chicas, porque yo me quedé sin el hombre que me hacía suspirar por no dar un paso al frente.

—¿Qué podías haber hecho, abuela? —le pregunté un tanto atraída por su historia, pues era fuego el que salía de sus ojos cuando hablaba de ese amor de juventud.

—Pues mira, hija, si me coge hoy, me amarro a él y no me desato. Ya se hubiera visto dónde habríamos acabado, pero desde luego que no debí soltarlo ni con agua caliente. Lo que pasa es que entonces esas cosas estaban muy mal vistas. De una se esperaba que se casara con un chico del pueblo y poco más.

—Tienes razón, abuela. —Escuchar sus palabras y la forma tan bonita en la que estaba hablando del amor hizo que comenzara a recuperar algo de fe en él.

Mientras nos disponíamos a tomar un té en tan privilegiado entorno, pues ya era media tarde, llegó Lean, el padre de Bonnie.

—No me habías dicho que tu padre estuviera más bueno que el pan—le comenté a mi amiga una vez él se marchó.

—Hombre, claro, ¿de dónde crees tú que he sacado yo estas facciones con las que los vuelvo locos?

No se podía decir que Bonnie no tuviera abuela, que para eso estaba Davida, pero la jodida tenía la autoestima por las nubes, algo que yo le envidiaba de la manera más sana posible. ¿He dicho sana? Corrijo, también de la más cochina. La puñetera se ponía el mundo por montera y allá iba ella...

Lo cierto es que el aspecto de Lean me hizo pensar que era normal que los highlanders tuvieran aquella fama de atractivos, pues a pesar de superar ya los cincuenta tenía unas facciones rudas de lo más varoniles que se transformaban en dulzura cuando abría el pico.

Igual que el de su hija, su pelo cobrizo brillaba al sol y sus ojos verdes se asemejaban a

zafiros. Menudo ejemplar de highlander, era de portada de novela, de joven debió llevárselas a todas de calle.

A media tarde, nos dirigimos al pueblo, donde Bonnie me presentó a su amiga Meribeth, la mejor que tenía desde su infancia. Le comentó que yo era de Cádiz, la tierra más salerosa del mundo, según ella, y le contó algo de nuestra idiosincrasia, sacando sus lágrimas de risa.

Meribeth, pese a tener nuestra misma edad, nos llevaba bastante ventaja en las cosas del corazón, por lo que estaba a punto de darle el “sí, quiero” a su novio de toda la vida, Coby. De lo más ilusionada, nos habló de todos los detalles del enlace y nosotros la escuchamos con agrado.

—Tienes que venir, ahora mismo modifico una de las mesas de nuestros amigos para que te incluyan—me dijo para mi sorpresa.

—No, mujer, que me da apuro que tengas que modificar nada, ya me enviará fotitos Bonnie.

—¿Qué dices de fotitos? Yo no te pienso enviar nada si te vas, ¿por qué no vas a venir a la boda?

—Porque me da apuro y porque faltan tres semanas, guapa, yo no quiero ser una carga.

—¿Tú eres tonta de nacimiento o tonta de capirote como decís en tu tierra? Abrase visto lo que tendrás que hacer de aquí a tres semanas para que no puedas venir a la boda. Ya te dejo yo un vestido, eso sí los zapatos te los compras tú, que tienes dos esquíes por pies.

Mucho había tardado en meterse con mis pies, que cierto que calzaba un cuarenta y dos, pero normalmente se convertían en el hazmerreír de mi amiga.

Nos despedimos de Meribeth y volvimos a casa de Bonnie a cenar, donde nos sirvieron un delicioso puré de rábanos y patatas mientras la abuela me animaba a ir a la boda, a la que hasta

ella misma iba a asistir, pues la novia era conocida de Bonnie desde el jardín de infancia.

Aila y Lean también se mostraban de lo más amables y se notaba a la legua que querían devolverme el buen trato que su hija había recibido en mi casa.

Charlamos un rato animadamente tras la cena, en el que me prometieron que al día siguiente me cocinarían un rico *haggis*, pues decían que sería todo un pecado estar en las Highlands y no probarlo. Por lo que yo veía, y para regocijo de mi madre, allí me iban a poner las pilas en lo que a comer se refería.

La abuela Davida me decía que no nos pensáramos los españoles que solo se comía bien en nuestro país y que por algo tenía fama internacional la despensa natural de Escocia. Aunque luego, cuando nos quedamos a solas con ella, nos contó que siempre se quedó con las ganas de probar un gazpacho de aquellos de los que su novio español le hablaba en su día.

Por mi parte, le dije que estaba invitada a comerlo cuando quisiera, porque yo a esa mujer me la hubiera llevado al fin del mundo...

Capítulo 3

Me levanté a hurtadillas, no podía dormir. Me costaban los cambios y aunque en aquella casa me habían acogido como si fuera una más, ya sabía yo que me iba a ser difícil conciliar el sueño.

Me miré el pelo, ese que suele pagar el pato en momentos delicados de nuestra vida, en los que ponemos a prueba la creatividad con resultados de distinta índole.

Creía que no iba a ser capaz de hacerlo, pero ¿sabéis qué? Por alguna extraña razón estaba totalmente decidida. Lo malo es que igual mi cabeza acababa como un algodón de azúcar y, con lo delgaducha que me había quedado, ya veía yo diciéndome a Bonnie que era total, con el palo y todo.

¿Y qué lo que dijeran? A mí se me había antojado teñirme el pelo de rosa y me daba igual lo que pensarán los demás. Por una vez en mi vida daría un paso al frente sin pedir segundas opiniones, por Dios, que aquello no era una operación a corazón abierto.

Habíamos comprado el tinte la tarde anterior, por si me daba la punzada, justo antes de ir a ver a Meribeth. Después me aposté con Bonnie una cena con copas incluidas a que me lo ponía en menos de lo que cantaba un gallo.

No me faltaba habilidad para ello, esa era la realidad. El hecho de tener una madre peluquera ayudaba, pues yo me había medio criado entre rulos, bigudíes y tintes.

Me puse a cantar por Camela, que no solo a Bonnie se le había pegado el rollito flamenquito de mi madre *“Su mirada inocente, su sonrisa, sus labios me pierden...”*

De lo más hacendosa y metida en el cuarto de baño, me enfrasqué en la tarea de darme el tinte. Cogí el cacharro de plástico que venía al efecto y preparé la mezcla, quedándome prendada del

color que salió.

El caso es que, cuando iba a aplicármelo, escuché las patitas de Sloan, el Terrier escocés de la familia, que venía a husmear qué se cocía en el baño a altas horas de la madrugada.

Sin pensarlo un momento, le abrí la puerta. Mejor, así me haría compañía y hasta podría charlarle un poquito, que yo era muy amiga de hablar con los animales.

—¿Quieres que te ponga un mechoncito a ti también? —le pregunté bromeando mientras él miraba al tinte sin saber muy bien de qué se trataba.

O lo mismo sí lo sabía y debió pensar que yo se lo iba a poner a Rita la Cantaora, pues dio una tremenda carrera, antes de la cual se enredó entre mis piernas. Deslizándome por el baño, puedo prometer que hice lo imposible por mantenerme erguida, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Cuando quise darme cuenta, fui a dar con todos mis huesos en el suelo, mientras el tinte rosa volaba e iba a parar al interior de la bañera...

Suerte que esta estaba vacía, eso fue lo que pensé.

Cuando me recuperé de semejante costalazo, que para nada fue moco de pavo, corrí a recuperar el cacharro y a dejar correr el agua en la bañera cuando.... ¡¡Mierda!! ¿Qué hacía ahí un traje de buzo? ¿Y cuánto medía aquello, es que acaso era del Gigante del Maíz Verde?

Enseguida comprobé que no, que no era de ese, sino de otro gigante que lo único que tenía de verde eran los ojos, como los de su padre y hermana.

—¡¡Me has asustado!! —me quejé cuando lo vi venir enflechado hacia el baño.

—Vaya, yo vivo aquí, ¿sabes? Supongo que tú debes ser Patricia—me dijo en un tono para nada armonioso.

—La misma, y tú debes ser Alec, creo que igual esto es tuyo...

Levanté el neopreno, que debía pesar unas dos toneladas y fue entonces cuando vi que se echaba las manos a la cabeza.

—¡¡Mi traje nuevo!! ¿Se puede ser más torpe? ¿Sabes cuánto me ha costado? Esto es una joya...

—Bueno, es cierto que te lo he tuneado, pero la verdad es que yo lo veo hasta mejor, tan grande y tan negro, el traje ese le da un susto al miedo. Yo ahora lo veo más bonito...

—Sí, precioso, ¿tú no sabes tener cuidado con las cosas de los demás?

—¿Y tú no sabes ser un poco menos grosero? No te preocupes que te compraré uno igual.

—¿Con la paga que te den tus padres como estudiante? No me hagas reír, anda, tardaría tres décadas en terminar de pagarlo. Maldita sea...

—Oye sin menospreciar, ¿eh? Que una tiene sus recursos, muchos veranos que he trabajado yo para procurarme mis gastos, ¿qué te crees?

—Pues lo único que creo es que ojalá este hubiera sido uno de ellos, porque para venir a tocarle así las narices al personal, siempre hay tiempo.

—Oye, ¿a ti no te ha dicho nadie que eres un maleducado? —le pregunté con ira contenida.

—¿Y a ti no te han dicho que eres una patosa? Mira, paso de hablar más contigo...

—¿Sí? Pues lo mismo te digo, habla con mi mano. —Justo se la estaba presentando cuando giró sobre sus talones y volvió a entrar en su dormitorio emitiendo una especie de bramido.

¿Se podía ser más insolente? Madre mía que el tío debía tener un carácter para echarle de comer aparte. Eso sí, estaba que crujía, menudo cuerpazo con aquellos pantalones cortos y camiseta blanca de algodón cuyas mangas parecían que iban a petar. Para no perder costumbre en aquella casa, su pelambarrera también lucía en unos tonos pelirrojos que iban a juego con unas cuantas pecas que todavía hacían más atractiva esa cara... Pensé en que verlo sonreír tenía que ser la caña, pues si lucía así de guapo enfadado, sonriente tenía que ser un Adonis griego, cuando menos. Eso sí, yo por no aguantarlo daba dinero...

Me giré para comprobar el desaguisado y vi con horror que el tinte se había colado por los poros del neopreno, por lo que aquello no iba a salir ni a la de tres. Tenía razón en que se lo había estropeado.

Me fui a la cama más cabreada que un mico después de haberme cargado el traje, discutido con Alec y, para colmo, seguir con los pelos exactamente igual que siempre, por lo que me sentí desgraciada a tiempo completo.

—Bonnie, anoche conocí a tu hermano—le dije nada más despertarse.

—¿Dónde, en sueños? Te recuerdo que nos acostamos a la misma hora y mi hermano no había llegado.

—Ya, se me olvidaba que cuando duermes entras en estado de coma, hija, qué barbaridad. Yo estaba insomne y me preparé el tinte...

—Es una trola, ¿dónde está? Porque yo no veo ninguna novedad en tu cabeza.

—Bueno, déjame decirte que así me la hubiera rapado al cero y hubiera hecho con ella una pista de aterrizaje para moscas, probablemente no me la verías hasta que no te pusieras las gafas o las lentillas.

—¿Me estás diciendo que veo menos que un gato de escayola?

—Correcto, o que Pepe Leches, que también decimos en mi tierra.

—Muy graciosa, ¿por qué no te has teñido al final?

—Porque Sloan se enredó en mis pies y el tinte fue a parar enterito al neopreno de tu hermano.

—¿Al nuevo? Le ha costado un huevo y medio, lo tienes que haber puesto calentito.

—Eso es probable que también, que una conserva sus facultades—bromeé—, pero vaya que yo lo vi con un cabreo de mil demonios.

—Sí, como lograras que sacara a pasear su genio, te habrás quedado encantada—resopló.

—Pues mira sí, es un borde de mucho cuidado, para qué te voy a decir otra cosa.

—Bueno, ya sabes que es el sello highlander, que parece que se van a comer el mundo de un bocado y escupirlo en la gran puñeta, pero en el fondo son un amor.

—¿Un amor? Un impertinente es lo que es tu hermano, me vistió de limpio en un momentito.

—Y todavía ha sido fino, no sabes la ilusión que tenía con ese traje, también ha sido mala pata. Y hablando de mala pata, me voy a tener que ir...

—¿Dónde vas, loca?

—Voy a la granja del señor Orrs, una de sus vacas se ha puesto de parto y parece que el ternero viene de nalgas. Es el granjero que en su día me dejó hacer las prácticas con sus animales, no puedo fallarle. Lo siento, me las piro.

—¿Quieres que vaya contigo? No me importa, de verdad.

—Mira, mis padres ya deben haberse ido a trabajar a la destilería familiar, será mejor que te quedes y le echas un vistazo a la abuela.

—¡A la orden! —le hice el saludo militar—Yo por Davida lo que haga falta.

Me puse un mono de algodón corto y bajé a la cocina. Eché un vistazo y no la vi, quizá estuviera fuera, la mañana invitaba a desayunar al aire libre.

Salí y tampoco la encontré, por lo que volví a entrar en la casa, canturreando, y me preparé un café. Era probable que la abuela hubiera ido a hacer algún recado, pues pese a su edad, estaba de lo más activa. Incluso era posible que después me permitiera ayudarla a preparar el famoso *haggis*, ese del que tanto hablaban.

Miré a mi alrededor y, mientras la cafetera comenzaba a despedir un delicioso humo, Sloan se acercó a mis pies.

—Buena me la liaste anoche, ahora me has enemistado con el tío bueno de la casa. Bueno, pobrecito, tú no tienes la culpa; la tiene él, que para eso es un maleducado. Y mira que sus padres son un encanto, por no decir su abuela y hermana... Si hasta tú lo eres, perrito bueno. —Le acaricié el lomo con amor y me di media vuelta para servirme el café.

Nuevos canturreos y mi mente surcando los mares, cuando menos, porque no podía negar que parecía que estaba en babia. Con la humeante taza entre mis manos me di la vuelta y...

—Hola—dijo con voz ronca Alec, cuya cara de malas pulgas denotaba que maldita la gracia que le había hecho volver a encontrarme, esta vez en su cocina.

—Buenos días—contesté con cara de pocos amigos sin poder evitar que, del susto, la taza se me resbalara de las manos y fuera a estamparse en todo el suelo, repartiendo el hirviente líquido por doquier. Y cuando digo por doquier, incluye que algunas gotas fueron a parar a las desnudas piernas de Alec, quien dio un salto que casi llega al techo, con esa altura que tenía.

—¡¡Lo siento!! —Corrí a llenar un vaso de agua fría y se lo eché por las piernas, terminando de formar tal cisco en el suelo que hasta Sloan me miraba repitiéndome lo de “patosa” con la mirada.

—¿Qué es lo que sientes? Porque parece que te has propuesto acabar conmigo y con lo mío. ¿Te he hecho algún daño en esta o en otra vida y has venido a cobrártelo? —bramó con voz ronca.

—No exageres, han sido un par de desafortunadas casualidades, no volverá a pasar.

—Eso espero, porque la tercera sería ya un atentado en toda regla. ¿Vas a quedarte bastante tiempo? Lo digo por mirar las condiciones de mi seguro de mi vida, que empiezo a estar un poco intranquilo—ironizó.

—¿Tú eres siempre así de malaje o es algo que solo te sale conmigo?

—¡Encima! No paras de tocarme las narices y el malaje soy yo. Me voy a tener que proteger hasta con un casco para entrar en mi propia casa, y la ofendida es la señorita.

—Highlander tenías que ser—le solté sin pensarlo dos veces.

—Y a mucha honra, ¿o es que tienes algo en contra de los highlanders? Mira que, si es así, ahí tienes la puerta, guapa. No te preocupes que yo no pienso retenerte.

—¡¡Descarado!!

—¡¡Manazas!!

Capítulo 4

Bonnie llegó y me encontró en el porche. Su cara reflejaba por igual cansancio y satisfacción por el trabajo bien hecho.

—Vas a ser una gran veterinaria, lo sabes, ¿no?

—Eso espero, y tú también. ¿Te imaginas que te quedaras por aquí y pudiéramos trabajar juntas?

—¿Aquí en las Highlands? Quita, quita, ¿qué se me ha perdido a mí aquí? Que mira que esto es muy bonito y todo lo que tú quieras, vamos muy bonito no es que sea; es de cuento de hadas, pero que yo tengo que volver a Cádiz, que es donde están mis raíces.

—¿Y nunca te has planteado que tus raíces pueden estar donde tú las echas? Porque yo soy de ese pensamiento.

—¿Sí? Y entonces, ¿por qué no te vienes tú a vivir a Cádiz, guapa? Y así nos vamos todos los años al carnaval y a recorrer sus ferias y a ver las puestas de sol en Los Caños de Meca...

—Pues mira, no me tientes que sabes que me he enamorado también de tu tierra.

—Bueno, y de los de mi tierra, porque era poner los pies en Cádiz los fines de semana y no dejar títere con cabeza, tú te has comido la parte que te correspondía y la que me correspondía a mí y hasta la de mi prima.

—Si es que tienen una labia y una gracia que no se puede aguantar y una no es de roca...

—No es de piedra se dice. —Me reí.

—Yo seré de lo que yo quiera. De roca, de piedra, qué más da...

—Pues también tienes razón.

—Lo que nos pudimos reír el día que el chico aquel con la borrachera, en el chiringuito de Bolonia, hincó rodilla y todo para pedirme matrimonio. Le tenía que haber amenazado con enviarle la foto a mi padre y se acaba el cachondeo.

—Ya te digo que sí, llega el highlander y la lía parda. Un conflicto internacional has estado a punto de provocar, ¿no te da vergüenza? —le pregunté entre risas.

—¿Vergüenza? ¿Eso qué es?

—Ainss, qué tontuela soy, que siempre se me olvida que tú no usas de eso...

—Pues claro que no, mira por ahí viene mi abuela.

—¿Qué es eso de tu abuela? ¿Qué clase de exclusividad es esa? Será nuestra abuela...

—Bueno, si me pagas un canon, lo mismo te la dejo un poquito.

—Te voy a pagar un jamón yo a ti, eso es lo que te voy a pagar...

—Uy, jamoncito, no me lo recuerdes... Eso sí que lo voy a echar de menos.

—Ya te digo, en las tostaditas con su aceitito de oliva y con el tomatito....

—¿Tenéis hambre o qué? —nos preguntó la abuela Davida que acababa de salir de su coche.

—Yo un poco, abuelita, he ayudado en el parto de una vaca y todavía no he desayunado.

—No me digas, pues ahora mismo te preparo un desayuno de esos que te dan fuerzas para tres días, ya lo verás. ¿Y tú has desayunado, cariño? —se dirigió a mí.

—Yo me iba a tomar un café, lo que pasa es que se me ha resbalado y al final he terminado hasta quemando a Alec.

—¿Has quemado a mi hermano con el café después de estropearle su neopreno esta noche? Chica, lo tuyo no tiene...

—No tiene nombre, no, creo que me estoy cubriendo de gloria, es el destino. ¿No quería yo un highlander? Pues lo que me voy a llevar es uno como enemigo.

—Tú como siempre dando la nota, contigo no va eso de ser convencional...

—No, está visto que no. Tu hermano ya no me quiere ver ni en pintura, hemos vuelto a discutir. Bueno que yo a él tampoco es que le tenga mucha simpatía, ya lo sabes. Vamos, que me da igual, que se fastidie, fueron unas gotitas de nada y las sofoqué echándole un vaso de agua fría por las piernas, ¿qué más quieres?

—¿Eso hiciste? ¿Regar a mi hermano como si fuera una maceta? Chica, a ti te falta un tornillo... Uno por lo menos, que igual son más.

—¿Y qué querías que hiciera? Tampoco era la cosa como para llamar a los bomberos.

La abuela nos escuchaba con atención y le conté el periplo al completo, desde el principio, comenzando por la noche anterior. Se notaba que sabía escuchar, que empatizaba con las personas.

—Cuidado, querida, que amores reñidos son los más queridos—terminó diciéndome y me dejó a cuadros.

—¿Cómo los más queridos? Me sabe mal porque eres su abuela, pero tu nieto es un cafre que no tiene modales, me ha puesto a parir cada vez que nos encontramos.

—Es que vaya encuentros los vuestros, reconoce que han sido de traca...—añadió mi amiga.

—Yo no digo que no, pero tampoco es que haya sido muy sutil tu hermano, guapita de cara, que parece que le sale un monstruo de dentro que no veas...

—Nada que ver, pura fachada, mi nieto es un encanto, te lo digo yo. Lo único es que le cuesta abrirse un poco al principio—puntualizó la abuela Davida.

—No, no, pues conmigo se ha abierto estupendamente, me ha puesto a caer de un burro cada vez que ha tenido ocasión.

—Bueno, bueno, haya paz, ¿os preparo un buen desayuno y luego me ayudáis a cocinar el *haggis*?

Reconozco que la preparación del plato me chocó un poco, pues su elaboración constaba de asaduras de oveja o cordero que se mezclaban con cebollas picadas, harina de avena, especias y hierbas que se embutían en el interior de una bolsa hecha con el estómago del animal y que después se cocía en el horno durante unas horas.

—Espero que esté bueno, porque mi estómago también se ha quedado un tanto revuelto—le

confesé a Bonnie.

—Mira, ¿qué clase de veterinaria estás tú hecha?

—Jolines, que en la carrera nos enseñan a cuidar y a curar a los animales, no a comérmolos...

—Bueno, en eso tienes razón, pero ya verás que es cosa rica.

Me decía la verdad, unas horas después lo servimos en la mesa, con la compañía de los padres de mi amiga y aquello me supo a gloria.

Por la tarde, después de haber hecho la digestión de tan impresionante manjar, Bonnie se puso de nuevo al volante y nos dirigimos a pasar unas horas espectaculares.

—No me acostumbro a verte conducir por la izquierda—le decía, llevándome la mano a la cara.

—Si es muy fácil, a la vuelta lo llevas tú, ¿te parece?

—Me parece...

Me encontraba con ganas de hacer cosas, aquellas tierras te cargaban la energía a tope y yo tenía la sensación de que ese viaje iba a marcar un antes y un después en mi vida.

—Prepara la cámara de vídeo que Roberto va a flipar—me dijo cuando llegamos al viaducto Glenfinnan por donde enseguida vimos pasar al tren “jacobita”.

—¡El de las pelis de Harry Potter! A Roberto le va a dar un síncope cuando lo vea, me va a

odiar por no haberlo traído.

—La próxima vez lo echas en la maleta y lo subimos al tren este y todo.

Estuvimos grabando un ratito, el tiempo de perder de vista al “Hogwarts Express” que pasaba sobre aquella bonita obra de ingeniería que es el puente en curva con 21 arcos.

Una vez hecho eso, y dado que llevábamos activado el modo explorador, pasamos por debajo paseando y, gracias a que la bajante nos lo permitió, recorrimos la cañada.

—¡¡Venga, selfi!! —decía Bonnie a cada paso y nos entretuvimos tomando un buen número de ellos, que más tarde subiríamos a las redes.

Por si las moscas nos habíamos preparado un buen picnic y el fresquito de la tarde invitaba a tomarlo allí.

—¿Sabes? Desde que estoy aquí me acuerdo mucho menos de Kilian, es como si su recuerdo se fuera diluyendo en mi mente, ¿puedes creerlo?

—No sabes lo que me alegra, amiga, y eso que todavía no te has empotrado a un highlander, como dice la abuela.

—Muero con la abuela y con sus ideas...

—Sí, pero que no va tan desencaminada, ¿eh? Que lo que a ti te hace falta es un maromo que te dé dos empujones que echen fuera definitivamente todas esas ideas tóxicas que tienes en la cabeza.

—¿Y no pueden salir de otro modo? ¿Tiene que ser de dos empujones? —Reí.

—A ver, que puede ser de otra manera, pero entonces no te garantizo los mismos resultados...

—Entiendo, entiendo... Sé que lo que te voy a decir te parecerá una tontería, pero es que yo solo he estado con Kilian y me da como cierto temor, fuera de broma...

—No te preocupes que eso es como el rascar, todo es empezar... Ya me lo contarás. —Me guiñó el ojo con esa seguridad tan suya que yo habría muerto por tener.

Pasamos una tarde maravillosa en la que la brisa acariciaba nuestros cuerpos. En aquel enclave tan bucólico empecé a reencontrarme conmigo misma, aprendí a escucharme y me decidí a pasar página por una vez y para siempre. Por Dios, yo era una niña, y no había hecho más que darle amor a Kilian, merecía ser feliz y me prometí que iba a luchar por esa felicidad.

Permanecimos en aquel lugar hasta la puesta de sol, haciéndonos mil confianzas y con la seguridad de que, nos llevara donde nos llevara la vida, siempre seríamos las mejores amigas.

Eran ya casi las diez de la noche cuando emprendimos el regreso a casa de Bonnie.

—Venga, llévalo tú—me dijo.

—¿Conducir por la izquierda? ¡Quién dijo miedo! Allá voy...

No tardé en sentirme la dueña de la carretera. Con las ventanas abiertas y el viento entrando para acariciar nuestros cuerpos, nos miramos y ya sabíamos lo que estaba pensando la otra. Ni una milésima de segundo tardamos en comenzar a cantar al unísono *“Escúchame, compéndelo, es imposible nuestro amor...”*

Feliz, estaba sencillamente feliz en un instante en el que las penas se apartaban para dar

paso a la alegría.

—No te pases el desvío para la casa, es ahí a la derecha.

—¿Así? —le indiqué girando el volante.

—No, mujer, a tu otra derecha, Dios no me acuerdo de que te lías siempre con eso. ¿No tenáis unos dibujitos o algo que os lo enseñaran?

—Sí, pero yo iba a la mía y no me enteré nunca—bromeé, sabedora de que lo mío con las derechas y las izquierdas era increíble.

—Ains, cabeza de chorlito, venga, gira ya que...

No lo vimos ninguna de las dos, pero los platos rotos los iba a pagar yo, que para eso iba al volante. Sin comerlo y sin beberlo, di un volantazo y me empotré lateralmente contra otro coche que acababa de adentrarse en el desvío.

—¿Estás bien? —le pregunté a Bonnie, impresionada por la colisión lateral.

—Estoy entera, pero de milagro, ¡qué leche nos hemos dado! —decía mientras miraba al coche de al lado.

—Madre mía, tenemos que bajarnos para ver cómo está el otro conductor.

—Pues ponte la vacuna antirrábica porque es mi hermano.

—¿¿¿Tu hermano Alec???

—No tengo otro, así que tú verás.

—¡¡¡Mierda, mierda, mierda!!! No me quiero bajar sola, ven conmigo.

Nos bajamos del coche y el gesto iracundo de Alec lo decía todo.

—¡¡¡Tú!! También eres un peligro al volante, debí intuirlo, ¡esto es increíble! Te has propuesto matarme...

—La culpa es tuya—murmuré.

—¿Mía? Ya van tres en menos de veinticuatro horas, ¿y la culpa es mía? Que me muera si lo entiendo.

—Lo de morirte déjalo en manos de ella que va por buen camino. —Sonrió maliciosamente Bonnie.

—Es tuya porque dijiste que ibas a ponerte un casco y no lo has hecho, por eso...

—Ahí tiene razón mi amiga, las cosas como son—añadió Bonnie.

—Hermanita no me toques las narices que me has metido un peligro en potencia en casa, va a hacer que me busque un alquiler a marchas forzadas, ¡no la aguanto!

—Pues ya somos dos, porque yo tampoco te aguanto a ti, ¡engreído!

—Niñata...

Capítulo 5

—La cena de anoche fue para enmarcarla, mi hermano bufaba literalmente.

—Un poco sí que le estoy tocando la moral, ¿tú crees que lo de los coches ha sido mucho?

—Poca cosa, un arreglillo de chapa, lo que pasa es que él cuida todo lo suyo como oro en paño y lo estás llevando al límite.

—Pero es que me habla fatal, no lo soporto...

—¿Otra vez hablando sobre mi nieto? Mira que yo tengo una teoría sobre eso.

—Ya lo sé abuelita, pero no es el caso. A mí lo único que me inspira son ganas de decirle que así no se puede ir por la vida.

—Es verdad, mira que tomarse mal tres atentados seguidos... Guapita, que mi hermano tiene tela de genio, pero es que tú has entrado en su vida como elefante por cacharrería.

En esas estábamos cuando lo vimos bajar las escaleras.

Me miró resoplando y lanzó un “buenos días” de lo más forzado. En cuanto a mí, lo miré y haciendo la señal de la cruz con los dedos le lancé un “Satán, por aquí no pases más” que arrancó las risas de Bonnie y de la abuela.

—Tampoco le echas tú morro ni nada—murmuró mi amiga, tienes más cara que espalda.

—Que se aguante...

Alec se sirvió un café y me miró como diciendo que me quería a dos kilómetros de distancia de él. En el fondo, el gesto me hizo mucha gracia y, sin pretenderlo, esboqué una sonrisa. Lo curioso del caso es que diría que, en el fondo de aquellas rudas facciones, se estaba fraguando otra sonrisa dirigida a mí que él luchaba por contener.

Empezó a comentar con Bonnie algunos aspectos de la destilería de sus padres y traté de intervenir en la conversación. Pensé que sería mejor enterrar el hacha de guerra, era el hermano de mi amiga, estaba en su casa, ¿qué sentido tenía mantener aquella lucha sin cuartel?

—¿A ninguno de los dos os dio por seguir los pasos de vuestros padres?

—No y mira que aquí el negocio de las destilerías está extendido, pero yo desde pequeña sabía que quería trabajar con animales, por eso me he llevado siempre fenomenal con mi hermano —bromeó.

—Muy graciosa, hermanita...

—En cuanto a él, yo creo que nació siendo un highlander pasado por agua...

—Ni que fuera un huevo...

Ahí sí, noté que por fin Alec se relajó un poco y sonrió ante mi comentario.

—No soy un huevo, aunque los míos me los has tocado a base de bien—murmuró.

—No te lo voy a negar, ¿y si empezamos de nuevo? Mira me llamo Patricia y no soy nada torpe. —Le tendí la mano.

—Y yo Alec y no me lo creo ni borracho, pero vale.

Al contacto con su mano noté una especie de pequeña corriente eléctrica, y digo mano por no decir manaza, porque desde luego que para ginecólogo no servía, qué barbaridad...

—¿Qué tenéis pensado hacer hoy? —nos preguntó.

—Hoy vamos a ir a ayudar a Meribeth con unos pequeños detalles que le quedan para la boda. Y a comprarle unos zapatos a Patricia, que también está invitada.

—¿Vas a venir a la boda de Meribeth? —me preguntó.

—Eso parece, mi pensamiento era el de irme antes, pero tu hermana no parece estar muy por la labor.

—Por supuesto que no—me contestó—. Tú vienes al final ¿no? —le preguntó a su hermano.

—Esa era mi idea, aunque ahora lo dudo un poco más. ¿Crees que tengo alguna posibilidad de ir sin salir lesionado? —me preguntó.

—Pues no lo tengo claro del todo, pero recuerda que la clave está en el casco, siempre en el casco—le contesté.

Salimos de la casa y cada uno nos subimos en un coche abollado. Alec me hacía señales desde el suyo como diciendo que yo no tenía remedio y me estaba comenzando a hacer incluso gracia, mientras nos despedíamos.

Me llamó la atención la cantidad de tiendas que había en Fort William y mi amiga me condujo hacia una zapatería donde me aseguró que habría “esquís” de mi número.

El vestido que me iba a dejar era uno en rosa pastel que contrastaba ampliamente con el bronceado que yo llevaba desde Cádiz. Aunque mucho me temía que el bronceado se fuera a la mismísima porra antes de la boda, porque en Escocia el sol trabajaba menos que los Reyes Magos.

Mi intención era buscar unos zapatos en plateado, que además ella tenía un *clutch* del mismo color para prestarme que era una monada.

Recogimos a Meribeth y fuimos a elegir con ella los últimos toques florales para la ceremonia. La emoción la embargaba y por el camino me fue contando los detalles de su relación con Coby, que había comenzado prácticamente sin enterarse ambos, siendo unos niños.

Yo la escuchaba sin poder dejar de pensar en lo diferente que son las vidas de unas personas y otras. Con Kilian también había fantaseado en su día con unas campanas de boda que no llegarían a repicar nunca, por lo que su historia me hizo estremecer.

Bonnie, que me conocía bien, me vio la carita y enseguida optó por cambiar el tercio, antes de que alguna lagrimilla se asomara al balcón de mis ojos. Cierito que yo no era la misma de meses atrás y que ahora me encontraba mucho más fuerte, pero ello no era óbice para que la procesión fuera por dentro y para que en ciertos momentos del día siguiera cagándome en todo y en más.

—Esta noche tenemos que salir las tres solas, tipo despedida de soltera—propuso Meribeth.

—Pero mira que eres jodida, si tú decías que no querías una de esas—se quejó Bonnie.

—No, no quiero un jaleo descomunal, tú me conoces y sabes que no es mi estilo.

—Pero si yo te hubiera preparado una cosa discretita...

—¿Una cosa discretita? Segurita estoy de que hubieras formado una que se trunca hasta la

boda, fijate.

—Pero bueno, ¿qué clase de bicho crees tú que soy? —le preguntó.

—Uno de una especie muy, pero que muy peligrosa, eso es lo que eres... Bueno, pero una salidita a tres sí que os acepto, además tenemos que enseñarle a Patricia de qué material están hechos los highlanders, no vaya a ser que al final piense que todo es de boquilla...

—Yo ya el genio de un highlander sí lo he conocido y no sé si me quedan muchas ganas de más —añadí refiriéndome a Alec.

—Lo dices como si él no hubiera conocido el genio de una andaluza, pues menudita eres tú también, guapa...

Entramos en una zapatería y allí estaban esperándome las sandalias de mis sueños; plateadas, con un finísimo tacón de doce centímetros y una elegante ristra de pedrería recorriendo cada una de sus tiras, eran una monería que se querían ir conmigo; y yo las adopté, qué otra cosa podía hacer...

Después nos despedimos y Bonnie y yo almorzamos en su casa, tras lo que nos echamos una siesta, pues la noche pintaba movidita.

—Esto también es tu culpa, me has acostumbrado a la siesta...

—¿Hay algo de lo que no tenga yo la culpa? Vaya, por simple curiosidad...

—Lo mismo hay algo, pero ahora mismo no caigo.

La tarde la pasamos en el porche, al lado del lago y la abuela salió con nosotras. Mientras departíamos animadamente noté que me miraba con inusitada profundidad.

—¿Estás bien, abuela? —le pregunté.

—Sí, hija, es solo que me recuerdas tanto a aquel novio que te comenté, también era andaluz, ¿sabes?

—¿En serio? No me habías dicho de dónde era.

—Es que tu habla me trae unos recuerdos que ya creí enterrados y que ahora me doy cuenta de que vuelven a florecer en mí, como si a través tuya retrocediera a aquellos años en los que la juventud imperaba y los sentimientos se desbordaban entre nosotros.

—¿Qué recuerdas de él, abuelita? —le pregunté entendiendo que tenía ganas de hablar en ese momento.

—¿Aparte de que estaba como un tren? —me respondió con tal brillo en sus ojos que entendí que había rejuvenecido cincuenta años de golpe.

—¡Ole mi abuela y el arte que derrocha! —Bonnie empezó a hacer el paso de la primera sevillana y yo ya no sabía en qué parte del mundo estaba.

—Aparte, aparte—le contesté entre risas.

—Pues que tenía un corazón que no le cabía en el pecho y que hablaba con auténtica pasión de su tierra, a la que achacaba una luz especial que algún día veríamos los dos juntos, cogidos de la mano, según él...

—Ainss abuelita, no me extraña que te vengan recuerdos suyos, debía ser un hombre muy especial...

—Sí que lo era, cariño, sí que lo era... Si las cartas se jugaran dos veces... Espero que al menos mi experiencia os sirva para que exprimáis con fuerza todo lo que la vida os ponga por delante.

—Hombre, yo a más de uno le hubiera exprimido, pero el cerebro abuela...

—Y lo que no es el cerebro, guarri, que te conozco—murmuré por los bajinis.

¿Quién dijo que las personas mayores van perdiendo audición? Porque la abuela lo escuchó perfectamente y levantó su pulgar en señal de que estaba totalmente de acuerdo conmigo.

Unas horas después, comenzamos a arreglarnos para la salidita nocturna.

—Esta noche vas a ver a algunos highlanders en su salsa; como tú dices, no te digo *ná* y te lo digo *tó*.

—Oye ¿tú estás segura de que no me la estás pegando y en realidad has nacido en Triana? Porque te sale un acentito andaluz que válgame Dios...

—No, no, que yo soy de aquí, ya verás como luego te lo demuestro, me entiendo perfectamente con los highlanders...

—¿Y con cuáles no te entiendes tú bien? Porque te recuerdo que hiciste encaje de bolillos también con los alemanes que vinieron de Erasmus y con los italianos y con...

—Por supuesto, ¿no es la globalización lo que prima? Pues nada, a globalizarse se ha dicho...

—Muy suelta te veo yo, qué suerte, a ver si también espabilo un poco, que falta me hace...

—A ti te espabilo yo, para empezar esta noche quiero que descubras por ti misma si los highlanders llevan o no la poronga al aire debajo del kilt. —Me guiñó el ojo.

—Tú estás loca de remate, ¿cómo voy a hacer eso? Yo no tengo ganas de jarana, ¿eh? No te pienses que me voy a ir con ninguno, así como así...

—¿Quién ha dicho que tengas que ir a ninguna parte, zopenca? Me refiero a que eches una visual, a que se te caiga algo al suelo y, con un poco de picaresca, lo cojas, que todo hay que explicártelo.

—No se te va una, hija de mi vida...

—Ains, de veras que no sé cómo llegaste hasta la edad que lo hiciste sin conocerme, ¡qué harías tú sin mí!

—Serás...

Arregladas pero informales, nos pusimos unos vaqueros, en su caso azules claros y en el mío grises. Ella los acompañó con un top blanco y yo con uno verde agua. Me subí en unos taconazos negros, gruesos, para mayor comodidad y me arreglé el pelo con unas favorecedoras ondas delanteras, mientras mi amiga optó por un alisado total.

Salí al pasillo y me di de cara con Alec. Una mirada de arriba abajo precedió a un gesto de sorpresa que no se me pasó por alto.

—¡Hola! —le dije.

—Hola—titubeó sin poder dejar de mirarme y enarcando una ceja.

Él venía de trabajar todavía con olor a mar encima, un olor que me resultaba absolutamente embriagador, que para algo yo me había criado entre olas, en la Bahía de Cádiz.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó mi amiga.

—Claro—le contesté sin desviar la mirada del verdor de los ojos de aquel highlander.

Capítulo 6

Nos dirigimos a High Street, la misma calle que alberga al West Highland Museum, aunque desde luego que nosotras no íbamos a ver museos, sino más bien monumentos andantes, y algunos con kilt, a poder ser, que ya tenía yo ganitas...

Por el camino iba recordando la cara con la que me había mirado Alec. Vaya si habíamos empezado con mal pie, pero ahora todo parecía agua pasada y tenía que reconocer que su sonrisa me estaba resultando de lo más atrayente.

—¿No me digas que estás pensando en Alec? —me preguntó Bonnie y yo pensé que la jodida tenía un sexto sentido fuera de lo común.

—¿En Alec? Anda ya...

—No, si lo sabré yo. ¿Mira que si al final te tengo de cuñada y me das sobris y todas esas cosas?

—A ti no te funciona la cabeza, ¿te lo has hecho mirar alguna vez?

—Yo lo único que digo es que os habéis quedado atontados los dos cuando os habéis visto, y eso es impepinable.

—Lo que tú digas, por cierto, ¿cuántos años tiene?

—¿Mi hermano?

—No, Perico de los Palotes, ¡no te fastidia!

—Treinta y tres como Jesucristo, os lleváis diez, lo veo bien...

—Eres más tonta...

Llegamos y ya estaba Meribeth esperándonos para picotear algo.

—¡Copiona! —exclamó al ver mi look, que había coincidido totalmente con el de ella.

—Mejor coincidir hoy, que no el día de la boda—argumenté a nuestro favor.

—Hombre ese día yo seré la novia, me parece un poquillo más complicado lo de coincidir. —
Rio.

Nos decantamos por picotear unas tostadas con salmón ahumado que estaban diciendo “comednos” y otras con paté de hígado de pollo que no se quedaban atrás, todas regadas con unas pintas que parecían entrar solas.

—Esta noche la cogemos mortal—nos advirtió Bonnie en cuanto la segunda ronda de pintas llegó a nuestra mesa.

—Yo creo que hoy dormimos en el porche, no vamos ni a atinar con la llave—añadí.

—También podemos tirar una piedra al cristal del dormitorio de mi hermano y seguro que viene a salvarte como un caballero y a meterte en brazos en el interior de la casa...

—Con mi suerte lo más seguro es que la ventana esté abierta y le dé tal pedrada que tengan

que cogerle puntos, mala idea...

—¿Tu hermano está por ella? —Meribeth buscó una respuesta en los ojos de Bonnie, sin tener muy claro de qué iba a la cosa.

—Sí, han pasado de matarse a quererse, me van a dar sobris—bromeó ella.

—Ni puñetero caso, lo único es que ya no nos vamos matando.

—No, ahora ya van a empezar a hacer manitas, que te lo digo yo...

Después de estar allí como un par de horas en las que Bonnie y Meribeth se despacharon a gusto con la cuestión de marras, nos marchamos hacia un pub donde me dijeron que iba a probar el mejor whisky escocés, pues Bonnie pidió el de la destilería de su propia familia.

—No sé si podrás ser muy objetiva—le dije mientras la primera copa llegaba a mis manos.

—Dale, ¿sabes? Los escoceses pensamos que el whisky es más que una bebida, diríamos que es una forma de ser y que denota carácter, personalidad y estilo.

—Qué profunda te has puesto...

Pero lo comprobé, comprobé que aquella tierra era una especie de maravilloso compendio que aunaba paisajes bellos y diversos con aquel elixir mágico que sostenía entre mis manos. No en vano, el sabor de ese whisky me llevó mentalmente a campos de cebada interminables que daban la mano a arroyos de clara agua y a carreteras serpenteantes.

Probando aquel whisky entendí a la perfección por qué los escoceses lo consideraban la bebida nacional y por qué aquel líquido de dioses, producido con aguas de sus propios

manantiales y ríos, adquiriría poco a poco matices, sabores y aromas específicos que no se encontraban en otros lugares.

Inmersa en aquellos pensamientos, concluí que la mezcla del whisky y las pintas no iba a tardar demasiado en hacer mella en mí.

—¿Y si les pido que me enseñen lo que llevan debajo del kilt?

Después del segundo whisky yo ya iba un poco perjudicada y me daba igual ocho que ochenta.

—¿Sin anestesia? ¿Estás loca? Mañana te morirías de la vergüenza, te lo digo yo que te conozco bien...

—Déjame, quiero ser lanzada por una vez. Mira, Kilian se lanzó con Miriam y le fue la mar de bien.

—Déjate tú de tanto lanzamiento, anda, que te puede dar un infarto mañana.

—Pues por lo menos voy a ir a comprobar si tienen la poronga fresquita al aire o asfixiada como un canario en una jaula.

Me levanté, y notando que no andaba todo lo derecha que podía, hice como que se me caía el móvil al llegar a la altura de un grupo de highlanders que llevaban un rato mirándonos, cada uno de cuyos componentes clavó sus ojos en mí.

—“*Gaditana, mi rosita temprana, la flor más bella de Andalucía, asómate a mi ventana, paloma del alma mía...*”—cantaba yo con tal mala suerte que, cuando fui a arrodillarme para ver bajo el kilt del guapo highlander que tenía al lado, se agachó al mismo tiempo para recogerlo.

—Aquí lo tienes, bonita, ¿eres española?

—Soy española, andaluza y gaditana para más señas—le contesté mientras recogía mi móvil.

—Yo me llamo

, ¿y tú?

—Yo soy Patricia, pero al final tú me has fastidiado el plan—le contesté con hipo.

—¿Qué plan?

Iba a contárselo cuando vi a Bonnie y a Meribeth partidas de risa, avisándome desde la otra parte del pub de que me pusiera una cremallerita en la boca.

Y eso hice, callarme, pero al mismo tiempo me agaché y, como aquella que va a descubrir América, metí la cabeza bajo el kilt del muchacho, quien atónito, se puso de inmediato de color morado.

—Llevan la poronga recogida—les dije a mis amigas al llegar hasta ellas, sin tener la menor idea de que al día siguiente me iba a querer morir por aquello.

Ambas se rieron hasta tener que volar para el baño, pues decían que en su vida habían visto un descaro mayor. Yo tampoco lo había visto, pero estaba a punto de enterarme, solo faltaba que amaneciera el día para que así fuera...

Capítulo 7

Me levanté y en lo único que pensé fue en... ¡que me cortaran la cabeza!... Por el amor del cielo, ¿cómo podía dolerme tanto?

Y eso que yo no sabía todavía en ese momento que lo que de verdad me iba a doler iba a ser el orgullo, lo que comprobé en décimas de segundos.

—¡La que liaste anoche, pollito, la que liaste anoche! —me soltó Bonnie, quien no había expresión española que no conociera.

—Calla, que algo creo recordar...

—¿Algo crees recordar? Por ese pub no volvemos, te agachaste y le miraste todo lo que vienen siendo los bajos al tal Cameron, si no has salido en portada en el periódico local, de todo habrá. —Rio.

—Calla, por Dios, que me muero de la vergüenza.

—A lo hecho, pecho, ¿no es eso lo que decís vosotros?

—Sí, guapa, eso decimos, pero que no es tan fácil.

Bajamos y en la cocina había más gente que en la guerra, por aquello de que era sábado, Alec incluido. Todos nos dieron los buenos días, pero los de él fueron especialmente intensos, como si fueron dedicados únicamente a mí. Por mi parte, me costaba trabajo apartar mi mirada de la suya, tan verde y limpia.

—Patricia probó ayer vuestro whisky y dice que le encanta—les comentó ella con voz cantarina.

—Así, es, una auténtica delicia para el paladar, os felicito...

—Lo único es que se pasó un poco y acabó, no sé cómo decirlo... vale, ya, como una cuba.

—Gracias por la discreción. —Mis mejillas debieron teñirse de un rojo explosivo.

—De nada, cariño, de nada...

Recé para que la bocazas de mi amiga no siguiera dándole a la lengua y soltara más de lo que yo pretendía que se supiera, pero en vano.

—Bonnie, bonita, ¿me pasas la mermelada?

—Claro— contestó y yo le imploré con la mirada que cerrara el pico mientras me la pasaba.

—Pues a ese pub no podemos volver, porque me había apostado con ella a que esa noche tenía que descubrir si los highlanders llevan o no algo debajo del kilt, y lo comprobó, lo comprobó...

A punto estuvo Alec de devolverme todas mis torpezas juntas, porque hizo verdaderos esfuerzos para que el café que acababa de probar no llegara directo a mí, en forma de cañonazo. Hasta las pecas se le tiñeron de color del ataque de tos...

—¿Eso querías descubrir? —preguntó muerto de la risa cuando por fin volvió en sí.

—Yo qué sé, es que era una duda que tenía y...—No sabía dónde meterme, yo mataba a Bonnie, no había más.

—Has hecho bien, una no puede quedarse con la duda de las cosas—repuso la abuela Davida, quien excusaba cualquier tipo de atrevimiento, pues también debía haber sido de armas tomar.

A mí me debía ir la marcha, porque me metía en cada lío monumental, pero lo cierto es que en ese momento, la pregunta que le hizo Alec a su hermana, me llamó la atención.

—¿Tenéis plan para hoy?

—¿Te refieres a después de tomarnos dos obuses en forma de pastilla para que se nos quite este maldito dolor de cabeza? Porque si es así, la respuesta es que no.

—¿Y si vamos a descender ríos? ¿Os apuntáis? —En ese momento me miró directamente a mí, que pensé que aquellos ojos verdes bien merecían que me tirara con ellos por un río y por donde fuera menester.

—Yo me apunto, ahora bien, a esta ya la conoces, patosa es un rato largo...

—¿Yo? —me quejé.

—Tú, tú y mejor te callas o vas a salir escaldada.

—Ya contaba con ese plus de riesgo, no te preocupes, sería un descenso para novatos—le contestó Alec sonriente.

—¡Hola, estoy aquí, tengo oídos, me estoy enterando de todo! —Les pasé la mano por delante de la cara mientras sus padres y abuela se reían.

La propuesta de Alec me cogió por sorpresa y mentiría si dijera que no me hizo ilusión, En

nada, ya teníamos el atuendo deportivo puesto y estábamos bromeando en el coche sobre la posibilidad de que yo hundiera la zodiac y todo lo que hiciera falta.

Mirando los brazos del hermano de mi amiga, algo de ganas me daban de hundirme con él, esa era la realidad, aunque más me valía intentar serenarme y no volver a liarla ese día o al final me iba a odiar, ahora que por fin me estaba dando una tregua.

—¿La zodiac puede volcar? —le pregunté un tanto asustadilla.

—No, mujer, además allí estarán algunos amigos míos e iremos varias personas. No te pasará nada, el descenso de rápidos en verano es mucho más tranquilito, no es un derroche de adrenalina. Te lo digo yo que de esto sé algo... Vamos a un río de los que tienen una clasificación 2 ahora en estos meses, con niveles más bajos y aguas más lentas.

Llegamos a la zodiac y me encantó el gesto de que Alec me dijera que me sentara a su lado. En cuanto a Bonnie, lo hizo al lado de uno de los amigos de su hermano. En total éramos ocho y yo estaba entusiasmada con una experiencia que siempre quise probar y que me daba mucha seguridad afrontar gracias a su experiencia.

—Esto cuánto dura, ¿una horita más o menos? —le pregunté antes de comenzar y sus sonoras risas me fueron devueltas en forma de eco.

—Aquí tenemos para largo, como unas seis horas por delante, menos mal que has desayunado bien—me contestó.

—¿Lo dices en serio? —Debí abrir tanto la boca que corrí peligro de caerme dentro.

—Pues claro que lo dice en serio, tontuela, pero no te preocupes que hemos traído provisiones. —Mi amiga me señaló una mochilita con víveres.

Con el gran río Tay como escenario, nos dispusimos a disfrutar de un día en un entorno incomparable, en el que tampoco faltarían la contemplación de la fauna nativa, así como de las colinas y de los verdes paisajes que lo bordeaban.

—No puedo creer que estemos aquí haciendo el perezoso después de la aventura de la que venimos—le dije a Bonnie cuando flotábamos alejadas del mundanal ruido en el río, en contraste con los rápidos, que también me habían fascinado.

—Hermano, al final Patricia también se nos va a pasar por agua—bromeó ella.

—Oye, que a ver si te crees que yo soy de seco, que tú sabes muy bien que en Cádiz nos pasamos media vida remojados...

—Eso es verdad, salvo cuando sopla el viento de Levante, que ese nos deja a todos fuera de juego...

A la hora de tomar el tentempié, Alec me ofreció compartir uno de los sándwiches, pues se dio cuenta de que yo también le había echado el ojo al que él tenía ya en la mano.

Yo le di parte del mío y nos los tomamos relajadamente, ajenos al tiempo, mientras él me contaba uno y mil detalles de un paraje que yo encontraba de ensueño.

A media tarde emprendimos la vuelta a casa y mi estado no era otro que el de emocionada. El día nos había cundido una barbaridad y lo cierto es que yo sentía que no tenía fuerza ni para echar viento, pero Bonnie ideó otros planes para nosotras.

—¿Te duele la cabeza, amiga? —me preguntó mientras nos disponíamos a ducharnos en casa.

—Ya no, por suerte lo de hoy me ha despejado mucho.

—Perfecto, entonces ya podemos salir esta noche.

—¿Volver a salir? Venga ya, yo estoy reventada.

—No me seas muermo, que me cabreas tela. Solo tienes que elegir algo de ropa y ya estamos danzando. Si quieres, te lo pongo más fácil, cenamos algo aquí y vamos directas a las copas.

—Directas a mi hígado es donde van a ir esas copas como sigamos en este plan.

—Ya, ya, a Alcohólicos Anónimos vas a tener que ir ahora por mi culpa, que te compre quien no te conozca...

Bajamos a la cocina y picoteamos algo con la abuela Davida, pues Aila y Lean habían salido de cenita romántica. Ambos formaban una pareja de esas tan bien avenidas que te hacen recobrar la fe en el amor, igual que la de mis padres.

Alec debía estar en su cuarto duchándose. Por lo que me había contado Bonnie era muy meticuloso en todo lo que hacía y no le gustaba ir con prisas, se tomaba su tiempo para sus cosas.

—Mi hermano estará pisando huevos como siempre, qué tío, cualquiera le mete prisa—me comentó ella como, si una vez más, me estuviera leyendo la mente.

—Ya, ya, es normal, déjale, eso es bueno...

—Huy, huy, que muchas ventajas le estás viendo tú al tema, esto huele a sobri.

—No seas tonta...

—¿Qué cuchicheáis? —La abuela Davida se acercó a nosotros con ganas de saber.

—Abuela, que pronto vamos a aumentar la familia, te veo con bisnietos corriendo por aquí por la cocina.

—Dios te escuche, hija mía, Dios te escuche...

—Pero ¿se os ha ido la cabeza a las dos? Me voy a lavarme los dientes, que me estoy poniendo nerviosa.

Antes de entrar en el baño, me encontré a Alec que salía para cenar. Su mirada volvía a ser de “guauuu” y en esta ocasión no perdió la oportunidad de soltar un “estás muy guapa” que me hizo sonreír de la manera más boba al contestarle “gracias”.

Por Dios que no me faltaron ganas de preguntarle si quería apuntarse a nuestra pequeña aventura nocturna, lo que sí me faltó fue el valor y bien que lo lamenté camino del pub. Al fin y al cabo, fue salir de casa y darme cuenta de que empezaba a echarlo un poquito de menos.

—Nada de volver al de ayer que me muero—le comenté a mi amiga.

—Tranquila, hoy te voy a llevar a otro que también es muy pintoresco y en el que hay highlanders a patadas.

—Vale, aunque en realidad...—Me callé a tiempo porque caí en que iba cuesta abajo y sin frenos.

—En realidad a ti al que te gustaría ver allí es a otro highlander, a uno muy largo, muy largo y

del que al final te vas a quedar colgada, si lo veré venir yo...

—No seas bruta, que no es eso...

—¿Y entonces qué es? Porque yo lo veo muy clarito, ¿cómo era eso que decía tu madre de blanco y en facija, leche fija?

—¿Qué dices de facija? Será vasija...

—Pues eso será, yo qué sé, lista.

—Pues vale...

La noche no pintaba nada mal. Mi amiga no mentía, el bar estaba de lo más ambientado y allí salían highlanders de hasta debajo de las piedras. Y tantos salieron que...

—¡¡Mierda!! Mira a tu izquierda, son Cameron y sus amigos.

—Les debes haber causado honda impresión y han venido a buscarte—bromeó ella.

—No me digas eso ni en broma, que me estoy poniendo súper mala...

—Pues Cameron viene para acá, tú verás...

—Hola, ¿eres la chica de ayer?

—Así se llama una canción española, ¿tú la conoces? La cantaba Antonio Vega, todo un genio...—disimulé lo que pude, pues no podía con la vergüenza por mi actuación del día anterior.

—Mis amigos insisten en que os invite a tomar algo, ¿nos acompañáis?

—Muy amables, pero no hace falta, muchas gracias. Estamos aquí mi amiga y yo de tranqui. —
Bonnie enseguida salió al paso entendiendo que yo estaba cortada de veras.

—Bueno, pues allí estaremos si os apetece.

Copa a copa, el rato fue pasando y Bonnie y yo comprobamos que Cameron y sus amigos seguían sin quitarnos ojo de encima.

—Ese tiene fijación contigo, ¿y si le das una alegría al cuerpo?

—Déjate de alegrías para el cuerpo, anda...

—¿Y si fuera mi hermano quién te lo propusiera?

—Y dale, anda que no eres cansina, que no quiero nada con tu hermano ni con nadie...

—Eso lo tendría yo que ver con mis propios ojos...

—Pues ya lo verás, venga, baila...

—Pero aquí no hay Camela, le voy a decir al chico que me ponga a Camela...

—Sí, Bonnie, yo creo que el chaval lo estaba pensando, pero lo ha dejado para más tarde, para el cierre estelar de la noche...

Pero para broche de oro de la noche el que nos esperaba a nosotras y todavía no teníamos ni idea... Bastante más que achispados, Cameron y sus amigos se nos acercaron y digamos que comenzaron a insistir algo más de lo debido en que les hiciéramos compañía...

—Te lo voy a decir nada más que una vez—le comenté en tono rudo—, eso que estás tocando no es mi espalda, ahí comienza mi culo y como no quites la mano te vas a comer este. —Le enseñé mi puño.

No obstante, Cameron no hizo caso y no fue mi puño el que se terminó comiendo, sino el del mismísimo Alec que justo en ese momento entró por el pub, buscándonos, y se encontró con todo el pastel.

La situación fue dantesca pues al grito de “hijo de puta, te está diciendo que la sueltes” lo tumbó de un solo puñetazo, tras el que los tres salimos por la puerta ante la sorpresiva mirada del pub al completo.

Capítulo 8

Abrí un ojo con el recuerdo de todo lo sucedido la noche anterior grabado a mi fuego en mi mente.

—No puedo creerme que tu hermano apareciera, así como de la nada, fulminando a Cameron.

—Ya te digo, fue de película, ese lo mismo ha tenido que ir a buscar dientes nuevos a la consulta del dentista, yo creo que han debido quedarle pocas ganas de cachondeo.

—Ni que lo jures, ¿sabes? En el fondo me resultó de lo más romántico.

—¿No me digas? Hija mía si se te nota a diez kilómetros a la redonda...

—Venga ya, que me corto...

—Pues córtate todo lo que te dé la gana, pero yo veo que se avecina el gran revolcón con mi hermano, y la que avisa no es traidora.

—¿Qué dices de revolcón?

—¿No? ¿Va a ser algo más profundo? ¿Cómo los vais a llamar?

—¿Qué dices de llamar?

—A los niños, a los niños—dijo y a continuación comenzó a tararear la marcha nupcial,

haciendo como que tocaba un violín.

Bajamos a desayunar y Alec ya estaba en la cocina. Debían ser como las nueve de la mañana y sus padres y abuela habían salido a desayunar al pueblo.

—¿Estás bien, Patricia? —Se apresuró a levantarse como si tuviera la necesidad de comprobar más cerca de mí que todo seguía en su sitio y que nadie me había hecho daño.

—Todo muy bien, todavía no sé cómo agradecerte...

—Con que no le echés el café por encima creo que será suficiente—añadió Bonnie que tenía guasa a puñados.

—¿Qué planes tenéis para hoy? —nos preguntó desviando el tema, dándose cuenta de que su súbito levantamiento había sacado los colores a mis mejillas.

—Pues yo le prometí al señor Orrs que iría a echarle un vistazo al ternero nuevo y de paso al resto de los animales. Tengo mucho que agradecerle y hoy domingo cuenta con algo más de tiempo para acompañarme por la granja y dejar solucionados más temas.

—¿Te acompaño? —No sabía lo que iba a hacer si mi amiga se marchaba.

—No hace falta, tampoco es que aquello sea la meca de la diversión. Alec, ¿y si le enseñas algo de las Highlands? Que esta es muy puñetera y capaz es de volverse a Cádiz diciendo que aquí no había nada que ver.

—Me parece una idea formidable, ¿y a ti? —me preguntó Alec y yo me quedé inmóvil.

—Por mí está bien—murmuré cuando, segundos después, y pensando que vaya pardilla estaba

hecha, volví en mí.

—Pues entonces nos vemos aquí por la tarde, sin prisas...—Bonnie fue a por sus cosas y yo me quedé terminando de desayunar con Alec.

—O por la noche—puntualizó él y yo noté que aquella forma suya de actuar, tan decidida, cada vez me llenaba más.

Quince minutos después nos estábamos montando en su coche. Justo antes de hacerlo me fijé en la abolladura que le había hecho en la chapa.

—Tampoco es para tanto, no te lo he dejado como el orinal de un loco—le dije y empezó a carcajearse.

—¿Quieres que vayamos a Inverness? Se me ocurren mil sitios a los que llevarte, pero así para un día, creo que es un lugar ideal y que tienes que verlo sí o sí.

“Así para un día”, había dicho. ¿Significaba eso que de tener más tiempo hubiéramos ido a otros lugares? Por Dios que aquello se ponía cada vez más interesante.

—Vamos donde tú quieras, total, no conozco nada.

—Pues nada, pongamos rumbo al Lago Ness, dicen que Inverness es la puerta de entrada a él, ¿lo sabías?

—Pues mira no, pero vaya, que si el monstruo aparece estará domado, ¿no?

Ya veía yo al apuesto y fornido highlander que llevaba al lado a puñetazos con el famoso Nessie.

—Créeme que nunca lo he visto, pero también estoy seguro de que, si hay alguien capaz de hacerlo salir, esa persona eres tú.

—Sí, sí, se me da fenomenal sacar a la gente de sus casillas. —Reí.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Me hizo una caricia en la cara y mis mejillas se echaron a arder.

Durante el recorrido hacia esa ciudad los paisajes de las Tierras Altas escocesas se colaron en mi corazón. Y es que no en todos los lugares puede uno disfrutar de la inigualable vista de un terreno montañoso salpicado de lagos, vestigios que constituían auténticas reliquias arqueológicas y castillos que llamaban al vuelo de la imaginación.

En ese mismo camino tuve la oportunidad de escuchar a Alec pronunciar algunas palabras en gaélico escocés, el idioma hablado en el país desde el siglo V... Un país donde se desarrolló un sistema de clanes que tantas historias han inspirado, muchas de las cuales han sido llevadas al cine, y todas ellas apasionantes.

En esa línea, Alec se reveló también como todo un entendido y me contó unas mil anécdotas, batallas y aventuras que hicieron mis delicias mientras me impregnaba de un ambiente que cada vez me inspiraba más.

También reparé en que, puestas en su boca, las palabras cobraban más sentido. Es más, mis días parecían cobrarlo también. Incluso en la llamada que le hice antes de salir, mi madre me lo había notado por teléfono, preguntándome por si había alguna novedad en mi vida. Y hasta Roberto me decía que muy contenta parecía estar yo para no haberlo llevado a él, ¡lo que no ideara ese niño!

Pensando, pensando, caí en la cuenta de que se me había olvidado el teñirme el pelo de rosa, pero es que ya tampoco me apetecía tanto. Era como si en pocos días y, a modo de Ave Fénix, me

hubiera decidido a resurgir de mis cenizas y estuviera dispuesta a hacerlo en un escenario inolvidable.

A renglón seguido, puse los pies en el suelo y, mirando a Alec, sentí miedo. ¿Y si acababa enamorada como una mema de él? Yo no estaba buscando quitar ninguna mancha de mora con otra verde, por mucho que lo fueran sus ojos... Vive Dios que en los meses que llevaba separada de Kilian había tenido no pocas oportunidades de estar con chicos y todas las había esquivado.

No era la necesidad quien hablaba, yo no precisaba estar con nadie para salir de aquel pozo. Alec era especial y los pasos que estaba dando hacia mi corazón eran reales, no el fruto de agarrarme a ningún clavo ardiendo.

—¿Estás pensando en nuestra boda? —Me soltó de repente y la saliva se me fue por mal camino, por lo que empecé a toser sin parar.

—¿Qué has dicho? —murmuré cuando volví en mí.

—Que anoche, cuando le di el puñetazo al desgraciado aquel, de repente te vi vestida de blanco. —Entrecerró los ojos y yo le chillé que los abriera, todavía nos dábamos un trastazo.

—¿Te has tomado una pasti antes de salir? Te tenía por más cabal...

—Y yo, y yo... No sé qué demonios me has hecho, pero desde que has llegado no dejo de pensar en ti.

—Pues mira que empezamos matándonos. —Reí.

—Y hasta eso me molestaba, que quería enfadarme contigo, pero en el fondo no podía...

—¿Dices que no podías? Pues anda que no lo disimulabas bien, lo de los highlanders es la bomba.

—Mujer, es que un poquillo sí que me sacabas de mis casillas, pero cuando mostrabas ese genio yo solo tenía ganas de...

—¿De qué tenías ganas? Ahora no me dejes así, please.

—De besarte, tenías ganas de besarte—me confesó y acarició mi muslo, desnudo como estaba debajo del corto short de color kaki que llevaba.

—¿Tenías ganas de besarme? —murmuré, tratando sin resultado de que el nudo de mi garganta se fuera deshaciendo con lentitud.

—Sí—me contestó con tal seguridad que no dejó ningún margen para la duda.

Suerte que teníamos ya Inverness delante de nuestras narices, porque me quedé sin habla.

Yo ya sabía que los highlanders tenían fama de ser claros y directos, pero ¿hasta qué punto sería cierto aquello de que no solían cejar en su empeño cuando se les metía algo en la cabeza? Pensarlo me daba vértigo, porque yo era consciente de que por hora que pasaba mi pensamiento estaba más cercano a Alec.

Bajamos del coche y, mirándonos con una sonrisa de medio lado, comenzamos por uno de los lugares que me contó que tenían más encanto de la ciudad; un parque precioso por el que dimos un paseo relajado y sin quitarnos la mirada de encima. Su nombre era Ness Islands y se encontraba en medio del río Ness.

La caminata que dimos me dejó el mejor sabor de boca, dado que a través del Great Glen Way, recorrimos la orilla del río...

Una vez lo hubimos hecho, nuestros estómagos empezaban a sonar más que un acordeón. Buscamos un acogedor restaurante donde almorzamos unos sándwiches y unos postres caseros que compartimos y que estaban de rechupete. Alec se empeñó en invitarme y yo le dije que no sabía cómo podría pagarle tanta hospitalidad.

—Quedándote todo el tiempo que puedas, no tengas prisa por irte. Créeme que no te arrepentirás, palabra de highlander. —Me guiñó el ojo y no pude más que esbozar una sonrisa.

—Al menos tengo que quedarme hasta la boda de Meribeth y Coby, dentro de dos fines de semana, no pensaba irme antes—murmuré.

—Irás preciosa a esa boda—me dijo mirándome con profundidad a los ojos.

—¿Y tú ya no te pondrás un casco para ir? —le pregunté.

—Me lo pensaré, me lo pensaré...

Después de almorzar, perdiéndonos por aquellas hermosas callejuelas de la capital de las Highlands, nos empapamos de su vida en su centro histórico, que me encantó, igual que el mercado victoriano, que vimos por fuera porque ese día estaba cerrado.

Por la tarde, nos hicimos un montón de fotos delante de la Catedral de Saint Andrews y en su privilegiado entorno y después nos asomamos también al Castillo de Inverness, alzado en lo alto de la colina.

Sabía que el destino de algunas de esas fotos sería enseñárselas a mi madre, a quien estaba segura de que Alec le parecería una monería, pero intentaría hacerme entrar en razón al respecto, pues ella era muy práctica. No podía evitar que ese tipo de pensamientos me aguaran un poco la fiesta y eso me molestaba, porque lo cierto es que mi boca me decía que cada vez tenía más ganas

de besar la de aquel highlander que con tanta amabilidad me iba desgranando cada una de las maravillas de aquella bonita ciudad.

—¿Deberíamos irnos ya? Tu familia podría preocuparse—le dije al acabar la tarde, pensando en que en realidad no tenía ningunas ganas de volver.

—Mi familia sabe que no nos vamos a perder... Bueno, aunque pensándolo bien, es posible que se preocupen sabiendo que estoy contigo, por si sufro algún accidente. —Rio.

—¿Entonces?

—Entonces nos vamos a tomar unas pintas en un pub que te va a encantar y en el que vamos a estar más a gusto que en el de la otra noche—bromeó en referencia a un altercado al que supo quitarle toda la importancia del mundo.

—Sí, porque si va a haber más trompadas, yo mejor me vuelvo para casita...

Pero no, no me volví para casita, sino que entré con Alec en el que decía que era el mejor pub de Inverness a la hora de escuchar música en directo. No podíamos pasarnos de copas, pues debíamos volver a coger el coche, pero al menos nos tomamos una pinta mientras yo contoneaba mis caderas al son de los acordes de aquel grupo y atisbaba una mirada de deseo en su rostro.

Lo pasamos francamente genial y en el pub fueron muchos los momentos en los que nuestros cuerpos se acercaron, hasta casi permanecer pegados el uno al otro.

Una vez nos metimos de vuelta en el coche, mirando al hombre que tanto me estaba llegando, concluí que no era solo él, sino aquella tierra enigmática la que me estaba envolviendo.

Grabado para siempre en mis retinas me llevaba el romanticismo del paseo por el lago Ness, las muchas historias que Alec me había contado sobre viejos castillos en cuyos ocultos torreones todavía “vivían” fantasmas que jugaban partidas de cartas interminables... Y me llevaba también el recuerdo de las crudas batallas en las que se vieron envueltos los Campbells y los Mc Donals, dos de los clanes insignes de la zona de Glencoe.

Capítulo 9

—Pero vamos a ver, ¿entonces hay boda o no hay boda? —me preguntaba con toda la guasa del mundo Bonnie a la mañana siguiente.

—No me pongas nerviosa, ¿eh? Que bastante tengo con todas las cosas que me dijo ayer tu hermano, nerviosita perdida me ha puesto.

—Repítemelas, anda, que te veo entrando en la familia por la puerta grande.

—Y dale Perico al torno, mira que eres pesada. Que yo no me puedo permitir tener nada con tu hermano, que en dos fines de semana se casa Meribeth y yo me tengo que volver para Cádiz.

—Pero ¿se puede saber lo que se te ha perdido a ti en Cádiz para que tengas que volver con tanta prisa?

—Nada, en Cádiz por lo visto no se me ha perdido nada, ahora se me ha perdido todo en las Highlands, serás loquilla...

—Al menos haz lo que te dijo Alec y quédate un poco más, estira el tiempo...

—Como si fuera un chicle, bueno ya veremos, lo cierto es que empiezo a tener la cabeza como un bombo, highlander va y highlander viene....

—Tú en realidad estás encantada, lo que pasa es que no quieres reconocerlo.

—A ver, desde luego que aquí no me estáis dando latigazos, claro que se está súper bien, qué te voy a contar a ti; pero que yo tengo que volver a mi vida, hacer mis cosas.

—¿Cosas del estilo de huir? Porque déjame decirte que yo creo que es eso lo que estás haciendo.

—Oye, que no es que sea yo Juana de Arco, pero tampoco me tengo por tan cobarde.

—Pues los andares se demuestran andando, como vosotros decís, así que aplícate el cuento.

—¿A ti quién te ha enseñado tantas frases nuestras? Madre mía, a veces pienso que conoces más que yo...

Entramos en la cocina y la abuela nos preparó un desayuno digno de hotel de cinco estrellas. A continuación, empezó una especie de tercer grado por su parte en el que también intervenía Bonnie, con el que nos reímos mucho.

—No me vayas a decir que mi nieto no es un mozo atractivo—me decía ella que parecía que estaba acostumbrándose a tenerme en su vida.

—Pues claro que lo es, abuela, lo que pasa es que yo tengo que volver a mi tierra, pero que tu nieto no está para hacerle ascos.

—Hija de mi vida, si ahora con los aviones no hay distancias, si fuera en mis tiempos, pero ahora no hay excusas.

Nada, que allí se habían empeñado en ennoviarme sí o sí. Cuando terminamos de desayunar, me señaló a una parte de la cocina en la que había una rosa roja sobre una servilleta en la que podía leerse “Me lo pasé genial ayer contigo. Que tengas un precioso día. Alec”.

La abuela me hizo un gesto como preguntándome si era un amor su nieto o si no lo era y yo

tuve que claudicar y asentir. Vale, me estaba haciendo la dura por fuera, pero por dentro ese detalle me había derretido.

Aquel día lo pasamos en la casa, ayudando a la abuela Davida que se había empeñado en hacer limpieza a fondo. Y tan a fondo, hasta movimos colchones, muebles y un sinfín de cachivaches que quedaron como la patena. Los que quedaron baldados fueron nuestros riñones y por la noche, cuando llegó Alec, nos encontró a las tres tumbadas en el porche y tomándonos unas copichuelas. Los padres de Bonnie y Alec habían partido por la mañana para un viaje por Italia que duraría una semanita.

—No quiero pensarlo, esta casa se ha convertido en un matriarcado—dijo el highlander de mi corazón cuando nos vio empinando el codo a las tres.

—Eso es y como te pases un pelo te vas a enterar de lo que vale un peine, ¡highlanders a mí!
—Hice un gesto de chulilla y él negó con la cabeza como indicando que yo estaba como una cabra, pero una cabra a la que él se comería sin asar y sin nada.

Alec se sentó con nosotras y en el mismo porche servimos la cena. Después de ella, la abuela Davida se retiró a su dormitorio y nos quedamos los tres solos.

—Ajam, ajam, yo también me voy a retirar porque me siento como la que está aguantando la vela—carraspeó Bonnie y nos echamos a reír los dos.

—Nadie te está echando, hermanita—se quejó Alec.

—No, no, si yo no digo lo contrario, si soy yo la que me retiro, que además estoy muerta de sueño. Venga, hasta mañana.

Nos dejó allí estupefactos y nos echamos a reír. Por supuesto que lo que Bonnie quería era dejarnos solos porque ella no tenía ni sueño ni ocho cuartos. ¡¡Si le gustaba trasnochar más que a

un tonto un lápiz!!

—Qué buena noche se ha quedado—dije disimulando en tono de broma cuando nos quedamos solos.

—Sí que es verdad, pero lo mejor de todo es que tienes cara de estar planteándote darme un beso—me espetó Alec, de quien yo había aprendido que una de sus virtudes era que no se andaba con paños calientes.

—¿Qué dices? —me hice la digna, aunque mis ojillos me delataban.

—Lo que me sugieren tus ojos, solo digo eso.

—¿Sabes? Aunque fuera así yo no podría...

—¿Por qué no?

—Porque yo ya vengo de sufrir tela por amor y no quiero meterme en otro embrollo del que luego no sepa ni cómo salir.

—Explícamelo, anda.

Esa fue la noche en la que le abrí mi corazón a Alec, contándole con pelos y señales cómo me había sentido a raíz de la traición de Kilian. Él me escuchaba con atención e incluso colocó su mano sobre la mía, tratando de controlar el temblor que la misma mostraba por lo emocionante del momento.

—¿Algo más? —me dijo cuando hube concluido mi relato.

—Ya está, ¿te parece poco?

—No, no me parece poco, bonita. Lo que me parece es deleznable... Tú no te mereces eso, mereces alguien que te quiera y te respete bien. ¿Sabes lo primero que pensé cuando te vi?

—Que era una torpe, ya lo sé. —El hipo se adueñaba de mí mientras el llanto también hacía de las suyas.

—Fuera de bromas... Lo que pensé es que eras un bombón, pero solo podía juzgarte por fuera. El caso es que, conforme pasa el tiempo, veo tu dulzura interior y esa es la que me está conquistando a toda mecha. Yo sé que tú ahora lo ves todo muy complicado, pero yo te digo que todos los problemas que me plantees tendrían solución si tú quisieras...

—¿Tú te vendrías a vivir a Cádiz, es eso? —Volví a llorar mientras sacaba todo el aire del interior de mis pulmones.

—Yo te digo que haría todo lo necesario para que fueras feliz, ¿responde eso a tu pregunta?

—Las cosas no son tan fáciles. Al principio puede que todo fuera maravilloso, pero luego las cosas se torcerían y la distancia no ayudaría.

—¿Por qué hablas de distancia? Todo se arreglaría y pronto, ¿tú notas acaso que a mí me tiemble la voz cuando te hablo de lo nuestro?

—¿De “lo nuestro”? Me voy a acostar, que me está dando vértigo...

—Pues si te da vértigo, mira hacia abajo y comprobarás que nada malo va a sucederte, que yo estoy ahí para sujetarte si te caes...

—Eres muy amable, pero el problema es que yo no estoy ahora para hacer malabares, no me siento preparada.

—¿Y quién ha dicho que tengas que hacerlos tú sola? Yo los haré contigo, amor...

—¿Tú no te rindes nunca?

—¿Rendirme? ¿Desde cuándo se rinde un highlander?

Volteé los ojos porque aquello era una sinrazón, pero una sinrazón que me atraía cada vez más, porque nos dieron las dos de la madrugada charlando sin que ninguno de los dos tuviera la más mínima intención de moverse del sitio.

Con la luna alumbrándonos, nuestras sonrisas parecían entrar en conexión, aunque lo realmente extraordinario es que también parecían hacerlo nuestras almas.

No tardé en quedar dormida cuando, de puntillas, llegué al dormitorio y comprobé que Bonnie estaba en los siete sueños. Sentía la necesidad de compartir con ella lo que me estaba pasando; mi corazón parecía despertar de un largo letargo, pero, al hacerlo, mostraba unas cicatrices que yo no sabía cómo podrían curar, ¿tendría Alec la clave para ello?

Capítulo 10

... Y llegó el día de la boda de Meribeth y Coby. ¿Lo que había pasado por medio entre nosotros? Pues que habíamos vivido momentos de los más emotivos, ya que a lo largo de aquellas dos semanas Alec no dejó de intentar conquistarme ni un solo momento.

Pese a ello, y aunque empezaba a dar claras muestras de tener sentimientos por él, yo no había dado mi brazo a torcer y el pobre no paraba de hacerme gestos rogándome un beso que yo me moría por darle, pero que, sin embargo, me resistía a depositar en sus labios. ¿La razón? Tan sencilla como que seguía sin tener las cosas claras y me daba miedo el embolado que suponía liarme, ¡con un highlander!

Aquel mediodía de sábado, mientras nos estábamos arreglando para asistir al enlace, eché especialmente de menos a mi madre, quien me peinaba en aquellas ocasiones. Eso me hizo pensar en hasta qué punto estaría yo preparada para vivir separada de ella.

Y es que, poniendo las cosas en su sitio, si yo estuviera con Alec, ¿haría que él se desplazara a Cádiz, donde el trabajo no abunda precisamente, dejando un puesto fijo en su tierra? Con el añadido de que ese puesto le entusiasmaba. Sin embargo, a mí no me sería complicado encontrar una plaza de veterinaria en las Tierras Altas. Sonaba tentador, pero el miedo, solo de pensarlo, me hacía temblar como a una hoja.

Me coloqué el vestido que me había prestado Bonnie, con su clutch y las sandalias plateadas que me compré y ambas nos peinamos la una a la otra. Iba a ser la primera boda escocesa que yo viera y estaba entusiasmada.

La abuela Davida se llevó las manos a la boca cuando me vio y me dijo que no podía estar más bonita, pero que me faltaba un complemento que seguro que me iba a ir bien. Entró en su dormitorio y salió con un precioso broche en forma de gaita que prendió de mi pecho. De plata, combinaba a la perfección con el resto de mis complementos.

—Es el tuyo, te hace todavía más bella y te integra en Escocia. —Me dio un cariñoso abrazo.

—Gracias, abuela, no voy a negarte que, entre vosotros, también me siento en casa.

—La próxima la nuestra—me comentó Alec al verme venir arreglada, junto con un silbido que indicaba que mi outfit le había disparatado al máximo.

—¿Eso es una amenaza? —le contesté sonriendo.

—Más bien es una promesa. —Me guiñó el ojo de lo más seductor y a mí... A mí me gustó tanto escuchar aquello que me estremecí de pies a cabeza.

Nos dimos la vuelta y allí estaban todas las mujeres de la casa; la abuela Davida, Aila y Bonnie, preciosas.

—Una foto familiar para el recuerdo del matriarcado al completo—señaló Lean y, cuando miré cómo posaban, todas me indicaron que me uniera a ellas.

—No, gracias, es una foto familiar...

—Por eso—me dijo la abuela Davida que lucía increíblemente elegante con aquel moño de pelo blanco y sus largas uñas pintadas de rosa fucsia.

—No te hagas de rogar... y no me hagas hablar, anda—añadió Bonnie que también parecía estar al quite.

Nos hicimos la foto, ante la atenta mirada de Lean y Alec y quedó muy bonita. En nada salimos y nos dirigimos a la iglesia.

Meribeth llegó andando hasta ella con su padre del brazo, ambos detrás de un gaitero. Guapísima, venía con un vestido de novia que no me dejó indiferente, luciendo un corsé de tartán sobre el mismo. Yo nunca había visto uno de aquellos y me quedó impactada.

La ceremonia estuvo llena de momentos de esos que te hacen suspirar y Alec se mantuvo en todo momento a mi lado, sonriéndome y haciéndome gestitos como de que tomara nota.

A la salida de la iglesia, todos los amigos asaltamos a los novios, que estaban pletóricos de felicidad y, después de tomarnos algunas fotos de grupo, nos dirigimos hacia el lugar que habían elegido para la celebración.

Miré al coche de Alec y me reí porque ya estaba arreglado para la ocasión. Le recordé el cachiporrazo que nos dimos y me indicó con los ojos que capaz era yo hasta de hacerlo volcar, si me lo proponía.

Suerte que el día les había dado una tregua y que el sol lucía como romántico regalo de bodas, porque en los anteriores la lluvia había hecho acto de aparición y nada hubiera tenido de particular que se hubiera invitado ella solita al enlace.

Pero no, ninguna inclemencia iba a empañar un día que acabaría en un castillo escocés como romántico escenario, cargado de tradición, a cuya magia me rendí. Aquella joya arquitectónica era lo que toda pareja podría desear para celebrar el día más importante de sus vidas.

Las maravillosas vistas que desde allí se divisaban eran todo un regalo al que los invitados tuvimos acceso mientras los novios recorrían el castillo entero, fotografiándose en cada uno de sus rincones.

No obstante, para mí, el mayor de los espectáculos fue ver a Alec en kilt, pues me pareció el colmo de lo morbosos y ese día sí que tenía que reconocer que me estaba costando la misma vida no caer rendida en sus brazos.

Al paso del fotógrafo, Alec lo pilló prácticamente al vuelo y me pidió que posáramos, momento en que me cogió por la cintura, lo que me resultó de lo más insinuante.

Con gracia, me hizo un gestito como de que la ocasión lo requería y, antes de que me quisiera dar cuenta, nuestros labios se aproximaron lo suficiente para quedar fundidos en un intenso beso con el que quise decir adiós a todos mis miedos.

Un tanto alucinada, miré a mi alrededor para asegurarme de si alguien nos había visto y comprobé que lo había hecho Bonnie que estaba dando palmadas desde el otro lado de la sala.

Ante el gesto de su hermana, Alec volvió a cogerme y me dio un segundo beso todavía más intenso que el primero, si es que eso era posible.

Después, ella se nos acercó dándonos la enhorabuena entre bromas, y ambos la echamos de allí, diciéndole que había mucho chico suelto con kilt y que fuera al ataque de alguno. Tampoco es que le hiciera mucha falta que le indicáramos nada, porque lo de mi amiga era impresionante y los tenía a puñados pendientes de ella. Cada vez que hacía un gesto era como si varios saltaran y su hermano y yo no parábamos de hacer bromas sobre la cuestión.

Mientras, Alec seguía sosteniéndome por la cintura y yo me dejaba llevar. ¿Había claudicado? Pues lo cierto es que no lo sabía, pero entre nosotros se había generado una corriente de atracción que no era nada fácil de parar, de eso poca duda cabía.

La celebración resultó de lo más animosa y el banquete prácticamente de reyes. Durante esta no paré de acordarme de mi hermanito Roberto y de lo mucho que hubiera disfrutado en un lugar así, ya lo veía yo corriendo por aquellos pasillos con su espada en la mano.

Unas horas después de la cena, sirvieron una recena y la noche tenía visos de prolongarse hasta el amanecer. Al final solo quedamos los más jóvenes, que estuvimos bailando y bebiendo hasta caer rendidos.

Por suerte, los novios habían alquilado varias habitaciones del castillo, que en realidad era un hotel, con idea de que los más jóvenes exprimiéramos la noche al máximo y pudiéramos descansar allí antes de volver a nuestras casas por la mañana.

Unas horas después abrí un ojo en aquella habitación en la que también estaban descansando Alec y Bonnie. No recordaba ni cómo habíamos llegado hasta ella, pero me tranquilizó ver que todos estábamos vestidos. Eso sí, la pinta de cada uno de nosotros era para verla...

Yo estaba entre Alex y Bonnie y me gustó comprobar que él me tenía cogida la mano. Y enseguida me eché a reír al darme cuenta de que Bonnie me había cogido la otra, ¡lo mismo se creyó entre sueños que yo era un highlander!

Enseguida ambos abrieron los ojos y se rieron ante mi gesto de “¿qué pasa aquí?”. Un ratito después estábamos llegando a su casa. La idea era darnos una ducha y seguir descansando un rato.

Antes de eso, me pasé por la habitación de la abuela Davida, que también estaba dormida, para dejarle el broche.

—Déjalo en el primer cajón, mi niña—me dijo entre sueños.

—Ahora misma, abuelita.

Lo abrí y, sin embargo, el delicado broche se me cayó de las manos. Lo que vi en aquel cajón suponía un descubrimiento tal que las piernas me temblaron hasta casi caerme...

Reconozco que no hice las cosas bien, debí hablarlo con Alec y con Bonnie, pero me vi sobrepasada por los acontecimientos. Yo llevaba demasiado peso sobre mí, y ahora aquello. ¿Era una señal? Podía serlo... Recogí mis cosas y pedí un taxi. No me despedí de los chicos, a los que más tarde les envié un mensaje con un escueto “Perdonad, estoy bien, solo es que tengo que volver

a casa...”

Capítulo 11

Un préstamo iba a tener que pedir para pagar lo que me iba a costar el taxi y el primer vuelo que saliera para mi casa, con independencia de que fuera caro o barato.

Para lo primero no hubo mucha solución, pues el taxista poco iba a entender del agobio que yo llevaba encima, pero en lo del avión tuve más suerte que un quebrado. De hecho, me quedé sorprendida al ver que solo quedaban cinco horas para su salida y que salía bien de precio. Ya estaba en el aeropuerto, en ventanilla y mi cara era de asombro.

Tremendamente impactada, estuve haciendo tiempo. Incluso temí ver aparecer a los chicos en algún momento, suerte que era probable que se hubieran echado a dormir y no se percataran de mi huida hasta que se levantaran.

Debí contar las horas, los minutos y los segundos... En particular, tenía ganas de darle una patada al reloj y miraba a mi alrededor con más miedo que vergüenza.

Pensaba en mi madre y en la cara que la pobre pondría cuando me viera aparecer por casa, así sin previo aviso. Pensaba en Bonnie y en lo poco que se merecía mi amiga que yo me hubiera ido cogiendo las de Villadiego sin decirle ni media palabra. Pensaba en Alec y, concluía que, en el fondo de mi corazón yo sabía que el día anterior algo había comenzado entre nosotros y ahora esta huida. Pensaba en la abuela Davida y en que la vida no es justa...

Embarqué temblando como un flan. Qué nervios y cuánto deseaba llegar a casa. Mi cabecita no paraba, por Dios que más que haber estado en las Highlands parecía que había recibido una paliza mental. Y eso que no tenía palabras para definir lo que esas tierras y mis gentes empezaban a representar para mí, por Dios que jamás pensé que en tan solo unos días me pudiera quedar tan prendada de un lugar y de todo lo que representaba.

Por fin entré en el avión y seguro que mi cara debía haber tenido mejores días.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó una azafata y ahí comprendí que mi aspecto debía ser regularas.

—Sí, gracias, ¿por...?

—No sé, perdone si me meto donde no me llaman, pero por su aspecto he pensado que quizás haya huido precipitadamente de algún sitio.

—¿Por mi aspecto? Puse el móvil en modo espejo y lo que vi me dejó helada. Los nervios habían hecho que ¡ni siquiera me hubiera quitado el vestido que llevé a la boda! Con razón notaba que los pies me dolían, lo inexplicable era que no me hubiera partido un tobillo corriendo por la terminal subida en aquellos andamios. Y para colmo, los restos de maquillaje sin retirar, que parecía un oso panda. Madre mía que no sabía cómo me habían vendido un billete de avión en lugar de avisar a los loqueros y santas pascuas, ¿o ya no había loqueros?

Sea como fuere, mi vida se estaba convirtiendo en una locura y aunque en ciertos momentos de los días pasados en las Highlands pensé en que bendita locura, lo cierto es que todo se me estaba yendo de las manos en las últimas horas.

Entorné los ojos y recordé ese primer beso con Alec, ¿me había dejado seducir por los múltiples atractivos de un highlander de bandera como aquel o de verdad había algo detrás de aquellas palabras que con tanta seguridad solía él pronunciar? ¿Quién sabía? ¿Quería averiguarlo? Pues no lo tenía claro...

El vuelo hasta el aeropuerto de Sevilla se me iba a hacer eterno. Y desde allí a casa también tenía un buen trayecto, pues no había conexiones directas e iba a tardar bastante más de lo que me hubiera gustado. Un poco de paciencia, llegaría a casa por la noche, no me podía dejar llevar por los nervios.

—¿Vas a una boda? —me preguntó en inglés un chiquitín que estaba sentado detrás de mí.

—Vengo de una boda, cariño, por eso llevo los ojos así...

—¿Así como muy negritos? —Puso su dedito debajo de mis ojos y los sacó llenos de rímel.

—Hijo, no seas impertinente—le dijo su madre un tanto azorada.

—No pasa nada, es lo que tiene salir sin mirarse al espejo, el chiquitín tiene razón. ¿Cómo se llama?

—Me llamo Alex—me dijo él y, como no podría ser de otra manera, me recordó a mi Alec, aquel que había dejado atrás de esas maneras tan poco decorosas.

El avión aterrizó y empezaba mi nuevo periplo. De repente se me encendió una lucecita; Virginia. ¿Y si estuviera en Sevilla? Ella a menudo iba a ver a sus abuelos a un pueblecito de esa provincia en fin de semana, aunque solía comentar que hacía más calor que en el cumpleaños de Cleopatra, pero que todo fuera por hacerles un poco de compañía.

—¿No estarás en Sevilla? —le pregunté en cuanto le quité el modo avión al teléfono.

—Arsa, así me gusta, que me des las buenas tardes...

—No te pongas quisquillosa, ¿estás o no estás?

—Estoy. ¿Y tú?

—También.

—¿También qué? ¿Esto es un acertijo o cómo va?

—También en Sevilla, recógeme en el aeropuerto, porfi.

—¿Qué dices? ¿Te ha entrado el miedo y has huido del highlander?

—No, bueno, un poco de miedo sí que me ha dado... Pero no he huido, solo es que he salido a la carrera de allí porque...

—Por Dios, ¿por qué? Me tienes en un sinvivir.

—Ya te lo contaré cuando me recojas...

—Marchando una de taxista.

En cuarenta minutos llegaba Virginia por mí y nos fundíamos en un fuerte abrazo. No la podía querer más y también la había echado mucho de menos.

—Pero ¿se puede saber por qué demonios vas de esa guisa? —me preguntó una vez dejamos de abrazarnos—. Mira que no estamos en carnavales, guapita de cara.

—Es una historia muy larga de contar.

—Pues empieza, que tenemos una horita de carretera por delante.

El camino se me hizo casi agónico, dándole unas explicaciones que a ella le resultaron de novela.

Por fin llegamos a Cádiz y subí a mi casa.

—Hija mía, ¿qué haces aquí? ¿Y por qué vas vestida así? Ni que vinieras corriendo desde Escocia, por Dios, ¿qué ha pasado?

—Mamá, ahora te lo cuento todo, ¿está papá en casa?

—Sí, ¿ha ocurrido algo grave?

—Algo sí, pero no grave...

Mi padre salió a abrazarme y yo no tardé en abordar el tema.

—Papá tengo algo que contarte...

Media hora después salíamos mi padre y yo de casa. La emoción me embargó cuando mi abuelo paterno Manuel, abrió la puerta de la suya. Viudo desde hacía varios años, era el hombre más risueño del mundo. Fue verme y echarse a mis brazos. Yo me fundí con él en un fuerte abrazo antes de pronunciar las palabras mágicas.

—Abuelito, ¿de qué te suena el nombre de Davida?

Las piernas le temblaron al buen hombre y necesitó sentarse. Yo lo había reconocido en su foto de juventud, la que vi en el cajón de Davida cuando fui a dejar el broche. Además, poco margen había para la duda, pues su dedicatoria no podía ser más clara: “Te quiere siempre, Manuel”.

Capítulo 12

—Hija mía, ¿de dónde sacas ese nombre? —Parecía que mi abuelo acabara de enfrentar un fantasma y en cierta forma así era, porque el fantasma del pasado le había asaltado.

—Abuelito, ella es la abuela de mi amiga Bonnie, la escocesa. Nunca me contaste que hubieras estado en esas tierras, nunca me hablaste de ella.

—Ni a mí tampoco, papá. Todo esto es muy sorprendente—añadió mi padre.

—Hijo, nieta, vosotros sabéis que yo os he contado muchas historias de mi vida, pero esa quise dejarla en el fondo del mar. Davida me dolía mucho y, aunque jamás pude arrancarla de mi corazón, sí procuré hacer con sus recuerdos un hatillo que dejar allí, en el fondo de las frías aguas escocesas.

—Abuelo, ella tampoco te ha olvidado. Me ha estado hablando de ti durante toda mi estancia en la casa, lo único que yo no sabía que ese hombre era mi abuelo, ni ella tampoco, ¿cómo íbamos a imaginar tal cosa?

—¿Y cómo lo has sabido finalmente, hija mía? Todo esto es tan impactante...

—Abuelo, porque ella guarda en el cajón de su cómoda, como si de un tesoro se tratase, una foto que tú le dedicaste y yo te reconocí enseguida. ¿Cómo no iba a reconocerte? Así hubiera un millón de caras y pasaran un millón de años, ¡claro que te reconocí!

—¿Ella guarda esa foto? ¿Eso quiere decir que...?

—Está viuda, abuelito, y te sigue llevando en el corazón. Yo sé que tú tienes muchas cosas que pensar, pero a tu edad, abuelo, recuerda lo que siempre me decías del paquete de chuches...

—Sí, hija mía, te decía que la vida es como cuando te dan un paquete de chuches de niño. La primera mitad te las comes casi sin darte cuenta, pero cuando lo haces caes en que la otra mitad debes saborearla mejor, porque cada vez quedan menos chuches... Y menos años...

—Pues tú solo te lo estás diciendo todo, abuelito.

—Pero las cosas no son tan fáciles, hija, yo ya soy un viejo pellejo y ella seguro que está de muy buen ver todavía...

—Sí que lo está, abuelito, eso no te lo puedo negar, pero tú de viejo pellejo no tienes absolutamente nada, eres un galán de cine.

—Sí, claro, hija, un Arturo Fernández soy yo...

—Pues así te veo yo, abuelo, claro que sí.

Perdimos el cómputo de las horas. El abuelo abrió su corazón y nos describió al detalle gran cantidad de vivencias al lado de Davida; cómo montaban juntos a caballo, cómo sorteaban a su familia para ir a hacer manitas a las afueras de Fort William, cómo fantaseaban con la idea de un futuro en común...

Me hubiera quedado en ese relato eternamente, pero las horas fueron pasando y al abuelo se le comenzaban a cerrar las persianas de los ojos.

—Tú también te has enamorado allí, ¿verdad, hija?

—¿Tú por qué sabes tanto, abuelo? —le contesté, besando su mejilla.

—¿Vas a volver pronto? —me preguntó interesado.

—No lo sé, abuelo. ¿Y tú?

—Yo si vuelvo, no será pronto, será tarde, unas décadas después de lo que debí hacerlo.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, papá—señaló mi padre.

—Abuelo, Davida es una mujer excepcional, yo me quedé loca cuando me enteré de lo vuestro... ¡Si hasta eché a correr y salí en traje de fiesta y sandalias de tacón! Tú a la abuela también la quisiste mucho, pero ya no está, no le debes nada...

Salimos de su casa y mi padre y yo nos miramos.

—Hija, esto que estamos viviendo es como de cine, ¿te das cuenta?

—Papá, yo sabía que las Highlands daban mucho de sí para las novelas y eso, pero jamás pensé que tanto...

Llegué a casa y, aunque mal hecho, ignoré todos los WhatsApp que estaban sonando. Necesitaba descansar, serenar mi cabeza, saber qué rumbo iba a coger mi vida... Pensaba en los labios de Alec y el corazón se me salía del pecho, luego miraba mi casa de Cádiz y algo me decía que un pedacito de mi corazón se quedaría allí para siempre si me marchaba a esas Tierras Altas que también habían entrado en él.

Miré el reloj y ya era de madrugada. No me extrañaba que el abuelo se estuviera cayendo del sueño, él que solía acostarse a la hora de las gallinas, esa noche se había extendido muchísimo en su relato.

Intenté coger el sueño, pero el recuerdo de Alec, unido a la sorpresa del descubrimiento hecho en las últimas horas, me lo impidió. Por el amor de Dios, ¿cuántas posibilidades había de que yo hubiera caído en las Highlands en casa del amor de juventud de mi abuelo? Pienso que las mismas que de que me hubiera tocado la lotería, tendría que jugar, en ese caso...

El zumo de naranja natural fresquito que mi madre me acercó a la cama a primera hora de la mañana me recordó que estaba en casa.

—¿Fue emocionante anoche con el abuelo, hija?

—Mamá, no lo voy a olvidar nunca. Fue la bomba cuando le mencioné a ese hombre el nombre de Davida... Es muy fuerte, te diría que hablaba como un enamorado, fíjate...

—¿Y tú? También hablas como una enamorada...

—Ya papá se ha ido de la lengua, ¿no?

—¿Crees de verdad que necesito que tu padre se vaya de la lengua para saberlo? Me lo dicen tus ojos, hija. Pero también me dices que tienes una confusión interior que te convulsiona.

—Mamá, me gusta mucho, pero me da miedo...

—¿Qué te da tanto miedo, Patri?

—Mamá, me da miedo apostar por él, me da miedo irme a vivir a miles de kilómetros y un día descubrir que hice tanto cambio por otro patán, por otro hombre que vino a partirme el corazón, por otro...

—¿Cuánto tiempo más vas a permitir que Kilian te haga daño, hija? ¿Cuántas lágrimas más vas

a tener que derramar para darte cuenta de que hay hombres que saben querer de verdad?

—No lo sé, mami, no lo sé... Solo tengo claro que estoy demasiado confundida para tomar una decisión.

—Y demasiado cansada, por cierto... Tómate el zumo, que está recién exprimido, y échate a dormir otro ratito, anda...

Eso hice, no me costó nada, estaba derrotada.

—¿Puedo meterme un poquito en la cama contigo? —me preguntó Roberto, que también era un lironcillo.

—Claro que sí, enano...

—¿Qué viste de Harry Potter en Fort William?

—Pue vi el “Hogwarts Express”, mi niño...

—¿Y si te vas a vivir allí me llevarás a verlo?

—¿Quién te ha dicho que me voy a ir a vivir allí?

—Escuché anoche hablar a papá y a mamá, decían que estabas enamorada y que cuando eso pasa, uno va donde esté la otra persona.

—Ya veremos, cariño, ya veremos...—Acaricié su pelo y se hizo el silencio.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando sonó la puerta. Ni siquiera estaba segura de que fuera la nuestra y no la del vecino.

—Están llamando, hermana—me dijo Roberto, que ya hacía rato que se había levantado.

—Ahora voy, cariño, ya abro yo...

Casi a tientas, porque había caído en un sueño de lo más profundo, me dirigí hacia la puerta. Llevaba una pinta increíble con una camiseta y un moño y tarareaba Camela camino de la mirilla.

—¿Es un ogro? —me preguntó Roberto cuando vio que di un respingo para atrás.

—No es un ogro, es un gigante—le contesté con los mofletes rojos a reventar.

Abrí la puerta y Alec entró.

—¿Qué haces aquí, pequeña? —me preguntó estrechándome entre sus brazos.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Sería yo quien tendría que preguntarlo, esta es mi casa.

—Cierto, cierto, no está en mi ánimo discutir como antaño, solo quería saber qué fue lo que te trajo de vuelta a España como una bala, sin ni siquiera despedirte de mí, ni de Bonnie, ni de la abuela...

—La abuela fue novia en la juventud de mi abuelo, lo descubrí ayer por la mañana y me asusté mucho. No sé, no era algo que esperara y pensé que...

—No puedo creerlo, ¿tu abuelo es el español que conquistó su corazón de joven? ¡Cielos! ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Lo sabe ella?

—No, salí de vuestra casa corriendo, ya lo sabes...

—Me has dado un susto de muerte, creí que de repente me odiabas por algo. No sé cuántas veces he rebobinado mentalmente en las últimas horas, creí que habría hecho algo que te hiciera daño. He pasado verdadero miedo, y créeme que eso no es frecuente en un highlander—me confesó.

—¿Eres un highlander? ¿Y por qué no llevas falda? —le preguntó Roberto.

—Cariño, no se llama falda, se llama kilt y los escoceses la llevan para las ocasiones.

—¿Cómo nosotros el traje de corto? —me preguntó Roberto.

—Más o menos, enano... Te presento a Alec.

—¿Él es tu enamorado? —preguntó y casi me caigo de espaldas de la vergüenza.

La llegada de Alec me había dejado conmocionada. Ciertamente tenía razón en que era una locura que me hubiera ausentado así de la casa y que encima no me hubiera dignado ni a mirar el teléfono, pero yo había estado demasiado sobrepasada...

Capítulo 13

Me fui con Alec a ver al abuelo de nuevo. En cuanto toqué la puerta de la casa con él, no tuve que explicarle nada.

—Eres el nieto de Davida, reconozco en ti sus ojos—le dijo el abuelo dándole un abrazo.

—Manuel, he escuchado muchas veces a mi abuela hablar de usted, pero jamás hubiera podido imaginar que la vida nos iba a unir así, a través de un ángel como su nieta.

—¿Un ángel yo? Mira que te advierto que puedo ser una puñetera...

—¿No me digas? —me preguntó él con unos ojitos de enamorado que yo intentaba esquivar, aunque sin éxito.

En cierto modo, el descubrimiento que hice en esa casa suponía para mí una especie de retroceso en mi historia con Alec, no me preguntéis por qué, pero así lo sentía. Era como si de repente me diera pavor comenzar una historia tan bonita como la que nuestros abuelos vivieron y que se pudiera truncar. Es más, sentía como que quizás algún tipo de maldición condenara a los miembros de ambas familias a permanecer alejados.

Alec comenzó a contarle al abuelo mil y una historias de la abuela Davida que yo no conocía. Cómo había hecho grandes avances en su vida y había sido una auténtica adelantada a su tiempo en pos de la promesa que un día le hizo a un hombre entonces para él enigmático, hasta ahora que lo tenía delante.

Por su parte, el abuelo Manuel le comentó que ella siempre había sido una mujer excepcional y que él no solo la había querido, sino admirado hasta el límite. El abuelo se defendía muy bien en inglés y cuando se quedaba un poco atascado, Alec y yo le dábamos el empujoncito.

—Os voy a enseñar una cosa—nos dijo mientras Alec buscaba mi mano para entrelazarla con la suya.

—¿Qué es abuelo? —Por su forma de decirlo intuí que era algo importante para él.

—Es una caja en la que guardo las cartas que le he escrito a Davida desde que tu abuela murió, cariño, a sabiendas de que nunca las enviaría. Ni siquiera sabía dónde hacerlo, por supuesto.

El puñado de cartas que el abuelo sacó y los renglones que nos leyó, hicieron saltar nuestras lágrimas, Y digo nuestras porque el highlander también lloró, para que luego hablen de los estereotipos.

—Tiene usted que venir a ver a mi abuela con nosotros. No soy quién para decir lo que tienen que hacer a estas alturas de la vida, pero al menos se merecen la oportunidad de saber que ambos están vivos y que recuerdan al otro con todo el cariño.

—Con devoción te diría yo que la recuerdo, hijo, con devoción...

—Pues entonces ya está todo dicho, ¿no?

—No es tan fácil, me da mucho miedo, joven, esa es la verdad.

—¿Miedo a qué, abuelito? Puedes ir una temporada y probar, tú siempre dices que las cosas hay que intentarlas, que el mundo es de los valientes y otro puñado de cosas parecidas, ¿no?

—Acepto el reto, pero solo si tú haces lo mismo, hija...

—¿Cómo yo? No te entiendo muy bien. —Preferí hacerme la tonta porque más bien era que no quería entenderlo.

—Sabes muy bien a qué me estoy refiriendo...

—No tengo ni idea, abuelo.

—Yo solo sé que voy a coger vuelo para los tres para dentro de un par de días a las Highlands, ¿cómo lo veis? —nos preguntó Alec.

—¿Para dentro de un par de días? ¿No hay alguno antes? —le pregunté bromeando, pensando que se estaba apresurando una barbaridad.

—Lo hay incluso para esta noche, por mí...

Salimos de casa del abuelo y miré a Alec con la certeza de que no tenía ni idea de hacia dónde nos llevaría el viento, pero que al menos quería intentarlo, quería seguir conociéndolo y quería dar un paso más allá por aquello de no quedarme el día de mañana con “lo que pudo ser y no fue”.

Volvimos a casa de mis padres y se lo presenté. A ellos les causó una impresión buenísima y se llevaron las manos a la boca en señal de sorpresa cuando les dijimos que en dos días nos íbamos a las Highlands.

Al día siguiente aproveché para enseñarle a Alec un poco del Cádiz de mis amores, yendo un rato a la playa y paseando por la tarde por el casco antiguo, degustando todo tipo de delicias por sus callejuelas y terminando en la Plaza de las Flores comiendo pescaíto frito y riendo a rabiar con mi amiga Virginia y sus disparates.

La insistencia de mi hermano Roberto por volar con nosotros hizo que Alec le prometiera que en breve haríamos un viaje con él también y yo estaba un poco como quien se sube en un barco y se deja llevar, porque mi vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados que por un lado deseaba y por otro temía más que a un vendaval.

Y llegó el momento y mis padres nos llevaron a los tres al aeropuerto. La carita del abuelo Manuel reflejaba una ilusión que jamás había divisado, pues yo siempre encontré un halo de tristeza en sus ojos que ahora había desaparecido. Normal, demasiados años portando un pesado secreto a sus espaldas.

Bonnie, a quien ya habíamos puesto al día, igual que a Aila y a Lean, nos esperaba para llevarnos a casa.

—¿Tú siempre la tienes que liar pollito o es que de lo contrario no puedes estar tranquila?

—Canta por Camela, anda.

—Manuel, yo a usted ya sí lo conocía, pero qué poquito me podía imaginar...

Llegamos a su casa, tras un trayecto en carretera en el que el abuelo decía que todo había cambiado mucho por allí, pero que la esencia de las Tierras Altas seguía siendo la misma.

—En cierto modo, no sé cómo explicarlo, es como si me encontrara en casa—decía, nervioso, sin poder parar de hablar.

—¿Lo dices en serio, abuelo? Pero si tú siempre decías que a ti de Cádiz no te sacaban ni con agua caliente...

—Hasta que llega el amor, hija, hasta que llega el amor... Porque si el universo me da la oportunidad de vivir los últimos años de mi vida con Davida, no seré yo quien los desperdicie,

eso os lo puedo asegurar.

La ilusión con la que hablaba el abuelo era contagiosa y por fin nos hallamos ante aquella hermosa casita en la que tan bonitos momentos viví en los últimos días.

Primero entramos Alec y yo.

—Abuela Davida, mira el regalo que te traigo, ¿qué te parece? —le preguntó Alec.

—Hija de mi vida, pero ¿dónde te habías metido? No podía entender de ninguna de las maneras qué te había pasado, por Dios, lo último que recuerdo es que estabas guardando el broche y...

—Y el broche me llevó a una foto y la foto me llevó a reconocer al hombre que aparecía en ella... mi abuelo Manuel. Abuelito, ya puedes pasar...

Noté cómo la piel de Davida se erizaba y cómo sus ojos brillaban a la par que los de mi abuelo en el momento que se encontraron.

—Manuel, ¿eres tú? ¿Es posible?

—Sí, Davida, soy yo... más viejo y más chuchurrío, pero soy yo.

—Es un sueño, no puede ser, es un sueño—repetía ella una y otra vez.

—Pues si es un sueño, yo no me pienso despertar, que no he hecho este viaje en balde con lo que me duelen los riñones—dijo mi abuelo en su particular inglés con acento andaluz.

Fue tal la emoción del encuentro que ambos tuvieron que sentarse, si bien a ninguno se nos fue por alto que lo hicieron cogiéndose la mano.

—¿Patricia es tu nieta? Es como un milagro...

—Lo que es un milagro es que Bonnie estuviera con mi nieta tantas veces y yo no supiera que era la tuya.

—Es que ella tira más en lo físico para la familia de mi marido, que en paz descansa. Fue un buen hombre, ¿sabes? Lo que pasa es que a mí me quedó siempre la espinita del primer amor.

—Yo también tuve la suerte de tener una buena compañera de vida a mi lado, lo malo fue que jamás conseguí borrar tu sonrisa del todo de mi memoria.

—¿Y si los dejamos un poco solos? —preguntó Alec, comprendiendo que estábamos allí un poco en plan “aguantavelas”.

—Sí, yo creo que tienen mucho de lo que ponerse al día...

—Y tanto, ¿y tú? ¿No tienes nada que decirme? —me preguntó cuando hubimos salido y fijamos nuestra vista en el lago.

—¿Yo? No sé de qué me hablas...

—¿Tú me vas a dar también la oportunidad de conquistarte sin volver a salir corriendo?

—Pero un sustito de vez en cuando no es malo...—bromeé.

—No quiero sustos, preciosa, te propongo una cosa. Vamos a conocernos poco a poco, sin presiones. Acabas de terminar tu carrera, quédate una temporada, aquí las ofertas de trabajo te van a salir a montones. Ahora tienes una oportunidad de oro. Conozco a mi abuela y, por su forma de mirar a tu abuelo, él no va a volver a pisar Cádiz más que en vacaciones. Ya no estarás sola. Instálate con él en una casita cercana. Y si todo va bien, el día de mañana, cada oveja con su pareja y nos independizamos. Yo creo que mis padres estarán encantados, ya me han tenido bastante tiempo en casa.

—¿Sin presiones de verdad? —le pregunté.

—Prometido, cariño, a tu ritmo.

—Vale, creo que es una buena idea—suspiré con la tranquilidad de ver que él no tenía prisas.

—¡¡Me quedo a vivir aquí, me quedo a vivir aquí!! —chillaba el abuelo desde el interior de la casa y enseguida salió con Davida.

—Vamos a ser novios otra vez, me da a mí que ahora no va a haber quien nos separe—bromeó ella mientras ambos se abrazaban.

Bonnie nos miró a todos y dijo que dábamos un poquito de asco con las cuestiones esas del amor, arrancando nuestras risas. Ella también era una joya, pero iba demasiado a su bola. Triunfaba sí, pero no le duraban, vamos que no era fácil echarle el lazo.

Aquella noche celebramos la primera cena familiar. Hicimos una videollamada con mis padres, a quienes les explicamos la situación de las dos “parejas” y ellos lo vieron fenomenal. Roberto nos decía que no nos olvidáramos de nuestra promesa y que, si nos íbamos a quedar con el abuelo, tendríamos que compensarlo llevándolo a las Highlands con nosotros de vez en cuando.

Yo miraba hacia el exterior y pensaba que pocos sitios mejor para un niño. Cuánta belleza se

concentraba en aquella tierra y cuánto amor se respiraba en aquella casa, por mucho que del mío yo siguiera teniendo serias dudas. Me había pasado desde pequeña y era mi sino; los cambios me costaban mucho, aunque allí había una nueva familia que me ayudaría a descubrir si ese nuevo camino que yo había elegido era o no el que deseaba para mi vida.

Y por encima de todo estaba el apoyo incondicional de Alec, que yo sentía crecer por momentos, en su afán porque entre nosotros creciera un amor tan sólido como el que un día sembraron nuestros abuelos y que ahora parecía que iba a dar sus frutos.

Capítulo 14

Era yo la que le había estado dando mil vueltas a la cabeza con mis dudas. Yo era la que había estado debatiéndome entre quedarme en España con los míos o volver a las impresionantes Highlands de Escocia. Era yo la que estaba de vuelta en esas tierras británicas de majestuosas montañas y misteriosos lagos.

La diferencia es que para entonces tenía también cerca a ese *Manué* (como yo le llamaba de pequeña) para el que siempre he sido su ojito derecho. Para mí, él ha sido siempre igualmente mi delirio. Y ahora estábamos allí, en las Highlands, compartiendo una casita hasta que Davida y él dieran el paso de vivir juntos... La convivencia con él era deliciosa.

Y otra cosa, efectivamente no tardó en salirme trabajo en una granja, lo mismo que a Bonnie, por lo que los días pasaban volando y nosotras estábamos volcadas en una actividad que nos apasionaba. Había momentos en los que echaba de menos a Cádiz y al resto de los míos, eso era inevitable, pero feliz estaba un rato largo. Para colmo, ver la historia de amor de nuestros mayores consolidarse día a día me estaba ayudando mucho a afianzar poquito a poquito la mía con Alec, a intentar confiar en él y en sus palabras.

A sus años, mi abuelo había apostado fuerte por el amor, dando fuerza a aquella teoría de que estas cosas no entienden de edad. Dicen además que el primer amor nunca se olvida. Cierto debía ser también, porque en él se estaban cumpliendo ambas cosas. Y en Davida, claro.

Por la parte que me toca, esto último del no olvidar me hacía comerme el coco bastante, puesto que Kilian había sido el primero en llegar a mi corazón. ¿Y si le daba por no salir nunca de él? Sé que dependía de mí, pero reconozco que, a pesar del mal trago que me hizo pasar, no eran pocas las veces en que se me venía a la cabeza, aunque ya como agua pasada, de esa que no mueve molinos. La ilusión por Alec estaba consiguiendo relegarlo definitivamente a un segundo plano.

Por supuesto que no estaba dispuesta a volver con él, pensaba poniéndome en el hipotético

caso de que por la razón que fuera me pidiese con el tiempo una segunda oportunidad. Me tengo por una persona orgullosa, no sé si esto será bueno o malo, pero lo de ser segundo plato no va conmigo para nada.

Vamos que, si un día aparecía por las Tierras Altas con ganas de segundas partes, de la patada que le daría llegaría a Pernambuco. Bastante había jugado con mi corazón aquel desgraciado.

A veces había hablado de estos asuntos con Bonnie allí en Córdoba, en esas noches interminables de cháchara con los restos de unas pizzas caseras aún sobre el mantel. Bonitos recuerdos de aquellos días, por cierto. Qué cambio tan radical de todo, madre mía...

Todo nos daba igual en esos momentos, quiero decir que nunca teníamos prisa por acostarnos cuando se nos calentaba la lengua a las dos haciéndonos confianzas y tratando de aconsejarnos la una a la otra. Nos acostábamos a las tantas.

Con Bonnie había vivido momentos increíbles y el hecho de que se pudiera convertir en mi cuñada, aparte de en una de mis mejores amigas, era algo que me motivaba mucho, por más que ella bromeara con que sería toda una lata lo de tenerme en la familia.

Los momentos vividos con ella no nos los quitaba ya nadie. Lo mismo daba que nos tuviésemos que levantar tempranísimo para hacer un examen. Solíamos decir: Si mañana nos levantamos como dos zombis, nos ponemos unas pinzas en los párpados para que no se nos cierren los ojos, como el gato Jerry cuando estaba al acecho del ratoncillo Tom. Nos hartábamos de reír con la idea.

Ella es distinta a mí y, precisamente cuando yo le decía que jamás haría esto o lo otro, siempre me contestaba con lo de que en esta vida nunca se puede decir de esta agua no beberé. Lo dicho, se sabía más frases en español que yo misma.

Mi abuelo me había vuelto demostrar por doble partida que todos esos dichos eran verdades como puños: por un lado, él es la típica persona que siempre ha estado enamorado de su tierra y

decía que en ella se moriría, que nada ni nadie podría arrancarle de su Cádiz natal.

Y ahí le tenía, en un país a varios miles de kilómetros y con unas costumbres tan distintas al nuestro, dispuesto a asentarse en él. Por otra parte, quiso dejarme bien claro que jamás reharía su vida, y es que lo pasó fatal al morir mi abuela hace ya unos cuantos años. La verdad es que se quedó hecho polvo el hombre y yo aprovechaba esos ratos en que le veía un poco más sereno para hablarle.

Yo también estaba muy afectada por la pérdida de mi abuela, pero le decía en mi empeño por consolarle que el mundo seguía girando para los que estábamos aquí y que... ¿quién sabía?, que lo mismo todavía estaba a tiempo de conocer a alguna buena mujer con quien compartir los muchos años que aún le quedaban por delante.

—Patri, cariño, no digas tonterías —me contestó en cierta ocasión hablando de esa cuestión—. Me he pasado más de cuarenta años con tu abuela. ¿Crees tú que yo sería capaz de estar con una mujer desconocida?

—A ver, abuelo, desconocida al principio, como te pasó con ella cuando la conociste... Además, tú eres aún un hombre relativamente joven.

—Que no, reina, que no...Que ni yo tengo tu edad ni ganas de nada.

Pero al final fue que sí y terminó bebiendo de esas aguas que había descartado de modo tan tajante. Es curioso comprobar lo caprichosa que es la vida y cómo te va marcando los pasos. Para que luego digan, ahí estaban ellos para demostrar que el amor mueve montañas.

Quién hubiera imaginado que el destino volvería a acercarle su primer amor de juventud después de tantos años sin contacto y que esta que está aquí tuviera tanto que ver en ello. Casualidades asombrosas. O no.

Su historia estaba escrita así y ahí estábamos los dos, él con intención de retomar con su Davida lo que se cortó en un pasado muy lejano y yo... Yo todavía sin tener muy claro mi camino. Me quedé de piedra cuando me enteré de ese capítulo amoroso de su juventud que con tanto recelo tenía guardado dentro desde siempre.

Era un secreto que por el motivo que fuese no había querido compartir con nadie hasta que se descubrió el pastel y no le quedó más remedio. Pero él ya había tomado su decisión con dos pares de narices, en cambio, una se limitó a irse dejando llevar. Yo no me tenía por tan valiente como el abuelo, pero tampoco quería desaprovechar la oportunidad de conocer a Alec, un hombre al que pensaba que merecía la pena descubrir.

Así fueron pasando los días, las semanas... y Alec seguía ahí, se iba ganando mi corazón poco a poco a pulso. Bueno, en realidad era un hombre que había llamado ya mi atención desde que le conocí, con ese físico tan atractivo. Lógico, era un highlander de libro, de esos que enamoran a primera vista.

De lo de verle con el kilt en la boda de Meribeth y Coby, esa faldita de cuadros, ¿qué decir? Me impactó un tanto al principio por la falta de costumbre, incluso me hizo gracia, pero cuando vas viendo a todas horas y por todas partes hombres vestidos igual, ni le echas cuenta. Ya lo ves como algo normal...

Y además yo tenía que reconocer que a mí el dichoso kilt me ponía, aparte de que lo de la apuestita de marras que hicimos en su día al respecto de lo que había o dejaba de haber bajo él fue la leche. Por lo que pude saber a posteriori, la tradición militar manda que no se lleve ropa interior bajo el kilt, pero en la actualidad muchos hombres sí la llevan, manteniendo el canario en su jaula.

Cierto día volvimos a empezar a tontear con unos inocentes besitos y aquello ya no hubo quien

lo parara. Nos volvimos inseparables. Me invitaba al cine, a cenar, a esto, lo otro y lo de más allá. Fuimos dejando atrás la etapa esa de ir despacito, pues por fin quería tirarme a la piscina. Yo me apuntaba a todas, pero claro... el cuerpo también nos iba pidiendo subir de peldaño.

Confieso que me apetecía, aunque a la par la idea me imponía bastante. Kilian era el único chico con el que había estado en la intimidad y ya tenía mucha confianza con él. En ese terreno nos conocíamos bien, pero yo no tenía experiencia con nadie más. Eso me hacía sentirme un tanto en desventaja, más cuando entendía que mi highlander debía haber tenido bastante más variedad amorosa, pero era lo que había.

Tocaba quitarse los miedos de encima de una vez e ir a por todas. No tuve que mentalizarme mucho, y es que ocurrió de manera casi inesperada.

Habíamos quedado en salir a cenar y luego en tomar algunas copillas. Nos bebimos tres exactamente cada uno, así que no puede decirse que hubiéramos perdido el norte por culpa del alcohol, pero sí teníamos un puntillo.

Nos reíamos por todo, hasta de una mosca que pasara por delante de nosotros, y entre besos y más besos salimos ya de aquel local con un calentón considerable. Sí, esa es la palabra exacta, y a las cosas hay que llamarlas por su nombre.

Parece que todavía puedo sentir sus manos por dentro de mi blusa, bajando por la espalda hasta meterse por mis vaqueros y agarrarme con fuerza las nalgas. A partir de ahí nos desatamos los dos por completo.

Mi corte se había esfumado totalmente, aunque el problema era que estábamos a las doce de la noche en mitad de la calle y sin saber para dónde tirar. Me planteó ir a su casa, argumentando que los suyos estarían durmiendo como lirones y que no se enterarían de nada.

En la mía no podía ser, pues mi abuelo tenía el sueño más ligero y hubiera sido llegar y haberse levantado con nosotros para jugar una partida a las cartas. Sí, sí, que él era mucho de acostarse temprano, pero, una vez echado el primer sueño, estar a duermevela el resto de la noche.

La propuesta no me hacía mucha gracia, también he de decirlo, pero terminó convenciéndome con esa labia que Dios le ha dado, Dios o quien fuera, de manera que caímos allí.

Entramos con todo el sigilo del mundo para no hacer ruido, lo cual no impidió que servidora diese al entrar un tropezón con el inoportuno gato de porcelana que había allí por medio en el suelo.

Me sentí como un pato patoso al estilo del dicharachero Steve Urkel, para no variar. Por suerte, la figura no se rompió, aunque el ruido que hizo al volcarse puso en alerta todos mis sentidos.

Temía haber despertado a Aila y a Lean, o a Davida o a Bonnie que se suponía que dormían plácidamente en la planta de arriba. “Tierra, trágame”, pensé para mis adentros cuando de seguido oí la voz de su madre.

—Alec, ¿estás ahí? ¿Eres tú, hijo?

—Sí, mamá, tranquila. Ya subo a acostarme.

Menos mal que a la mujer no le dio por levantarse, porque entonces sí que me hubiera dado ya un patatús. Por si acaso, esperamos unos minutos allí abajo en la cocina con la oreja pegada. No subimos hasta cerciorarnos de que ya debía haber agarrado el sueño.

Por mucho que yo los conociera y hubiera compartido su casa con ellos, llegar para acostarme con su hijo no era precisamente algo que entrara en mi cabeza. ¿Por qué no nos habríamos ido a un hotel?

Asunto resuelto el de burlar la entrada en aquella casa. La salida ya veríamos cómo sería. Probablemente sus padres no estuvieran por la mañana, pero sí Bonnie (a quien de todas maneras

tendría que contárselo) y Davida (que se levantaría temprano para encontrarse con mi abuelo Manuel).

Además, para tranquilizarme del todo, echó el pestillo de la puerta. Ya la única precaución a tomar era hacerlo más callados que en misa. Así fue, por la cuenta que nos traía, aunque nuestro esfuerzo nos costó.

No sé por qué me le había imaginado de otra forma en la cama, bueno, sí, quizás por su naturaleza tranquila y cariñosa. Solía ser muy mimoso conmigo con las caricias y los besos, pero también es cierto que cuando nos encendíamos más de lo debido metiéndonos mano allá donde nos pillara se volvía algo más brusco.

Eso fue exactamente lo que ocurrió sobre aquel colchón. Empezó besuqueándome despacito el cuello y oliendo mi perfume como extasiado. Sus manos iban recorriendo de arriba abajo todo mi cuerpo y se paraban de vez entre mis muslos y mis pechos acariciándolos suavemente.

En una de esas comenzó a desabrocharme los botones de la blusa, pero uno de ellos se le resistía y terminó abriéndomela de par en par tirando con fuerza de las dos telas hacia los lados de modo que un par de ellos saltaron por los aires.

A partir de ahí se desató la tormenta. No solo por su parte, por la mía también. Conocí esa noche con él mundos nuevos, el sexo en todo su esplendor, digámoslo así, puesto que aquello no tuvo nada que ver con lo que yo había hecho con Kilian hasta entonces.

Me dejé llevar y lo disfruté a tope. Se notaba la experiencia de Alec en materia de cama y creo que no nos faltó una sola postura por practicar. Lo que sí nos faltó fue tiempo, y es que cuando nos quisimos dar cuenta, escuchamos movimientos en la habitación contigua.

Eran casi las seis de la mañana y sus padres se estaban arreglando para marcharse a currar. Eso nos cortó en cierto modo un poco el rollo, así que nos quedamos quietos como estatuas abrazados en silencio total y el sueño nos venció.

A aquella noche de lujuria le siguieron un sinfín de ellas. A veces volvíamos por allí de madrugada con la misma estrategia del mutismo para no ser sorprendidos. Otras lo planeábamos con antelación reservando habitación en alguno de los modestos hostales de la zona.

Distinta fue la noche de mi cumpleaños. Sería el primero junto a él, por lo que llevaba tiempo diciéndome que quería que fuese tan especial como para que no me olvidase nunca de ella.

¡Y tan especial e inolvidable que fue! Quise que me anticipase los planes, pero no soltó ni prenda. Con toda la lógica del mundo, me contestó que dónde quedaría entonces la sorpresa si me decía lo que tenía pensado hacer conmigo para entonces.

La emoción que sentí al entrar por el pub donde nos aguardaba un buen puñado de amigos no fue nada comparado con lo que me esperaba horas más tarde. Me hizo entrar en aquel local con una venda en los ojos, guiada por su brazo para no darme un chocado ni un tropezón con nada.

Una vez allí dentro me la quitó y les vi de pie alrededor de una originalísima tarta gigantesca con forma de ciervo. Los muy cachondos le habían clavado tantas velas como años yo cumplía en los cuernos.

Globos de todos los estilos y tamaños colgaban del techo, incluso guirnaldas de farolillos de papel se suspendían en el aire, cogidas de pared a pared. Eso me hizo recordar las ferias del sur.

Algún día llevaría a Alec a conocerla, aunque me costaba lo mío imaginármelo sobre la barra de una caseta, vestido de flamenco, con gorro de ala ancha y una copa de manzanilla entre los dedos.

Sin más dilación, los chicos empezaron a cantarme el “Happy birthday” mientras iban encendiendo las velas con un mechero largo de esos de cocina. También me volvió a costar lo mío el apagarlas de un solo soplo sin dejar ni una prendida, pero lo conseguí.

A la tarta siguieron las copas y unos bailes que se prolongaron tres o cuatro horas. Serían las diez de la noche más o menos cuando mi anfitrión me dijo que iba tocando retirada.

—¿Puede saberse a dónde me llevas ahora? — le pregunté con todo mi golpe de intriga.

—Pues no, señorita impaciente. Ahora en breve lo verá usted.

Me callé la boca y me metí en el coche. En un momento determinado del camino me pidió que cerrase los ojos, ahora ya no había venda que valiese, pero no quería que viera nada.

Cuando al fin me permitió abrirlos ya había parado ante la fachada de un hotel que yo no había visto en mi vida. De hecho, no sabía ni dónde estábamos porque la mitad del trayecto servidora lo había hecho a ciegas.

Solo sé que debíamos encontrarnos bastante lejos, pues había estado conduciendo por espacio de más de media hora. El caso es que lo que me encontré ante mis ojos casi me hace caerme de espaldas.

No era un hotel cualquiera de tantos como bien conocíamos, no. Era un lujosísimo edificio ante mi vista, coronado por cinco estrellas allá en lo alto. De repente se me desató la imaginación.

Podía ver ya los pasillos de relucientes baldosas de mármol encerado, la pulcra moqueta de las habitaciones, los jacuzzis de aguas espumosas, las botellas de carísimo champán esperando a ser descorchadas en las cubiteras de hielo...

No me equivoqué ni una miaja. Tal cual era el sitio escogido por mi chico para celebrar la noche en que me cayeron los 24 años. Esa fecha sería ya una celebración doble para la posteridad, y es que Alec me pidió matrimonio allí mismo, rodeada por un lujo que una solo había visto hasta ese momento en las películas.

Ni que decir tiene que le dije que sí, loca de la emoción con aquel precioso anillo que me puso en el dedo mientras hincaba rodilla. Ese fue el comienzo de una nueva vida y en ese mismo instante decidimos que era hora de buscar un nidito de amor en el que independizarnos definitivamente. Al fin y al cabo, eso supondría también el empujoncito para que nuestros abuelos vivieran juntos. Ya no había lugar a dudas, yo había puesto un highlander en mi vida.

Capítulo 15

Recordando lo que fue mi boda no puedo evitar echarme a reír. Y supongo que todos los que la presenciaron la recordarán igual que yo. El día de mi enlace con Alec no pudo ser más especial en todos los aspectos. Mi chico y yo habíamos decidido casarnos en Cádiz capital por diversos motivos.

Por un lado, por darle el capricho a mi abuelo Manuel que, aunque vivía en Escocia con Davida desde hacía cierto tiempo, llevaba a su tierra natal en el alma. Nuestra tierra, mejor dicho.

Por otra parte, porque siempre andaba diciendo que su ilusión era presenciar el “casamiento”, como él suele llamarlo, de algún miembro de su familia en la mismísima iglesia de Santa Cruz.

La ocasión la pintaban calva. Además, aquel templo a orillas del mar y en pleno corazón del barrio del Pópulo era un escenario idílico para darnos el “sí quiero”. Por tanto, no había mucho que pensar. Lo hablamos con su gente y todos estuvieron de acuerdo en que era una excelente idea.

Es cierto que lo de casarnos a tres mil y pico kilómetros de distancia implicaba una serie de problemillas, pero cuando se tiene tanta ilusión como nosotros teníamos en aquel asunto, uno se busca las maneras para irlos solventando.

Y en este punto he de reconocer que todo el mundo colaboró en lo que pudo. Eran muchos los preparativos, pero entre mis tíos, primos y un sinfín de amigos gaditanos a los que habíamos invitado se encargaron de que todo saliera a pedir de boca.

También es verdad que hoy día con internet tenemos mucho adelantado, de manera que nosotros nos hicimos cargo de las cosas principales. Reservas en hoteles cercanos, coches de lujo que empresas dedicadas a estos eventos ofrecen para llevar a los novios hasta el altar... Como decía, había mucho por hacer.

Los detalles menos importantes los delegamos en otros. Por ejemplo, de mi ramo de flores se encargó mi prima Soraya. Le dije lo que quería más o menos y ella se presentó en una famosa floristería gaditana.

Después de hablar con la dependienta, me envió por WhatsApp varias fotos para que eligiera y ella misma fue a recogerlo la mañana de marras y me lo acercó hasta mi dormitorio. La gracia es que acababan de terminar los carnavales de Cádiz cuando llegó nuestro gran día.

Para quien no lo sepa, aclararé que estas populares fiestas en la Tacita de Plata duran bastante más de lo que la gente se cree, pues después de que terminan oficialmente, llega el denominado carnaval de los “jartibles” o carnaval chiquito.

Esto no es más que otro puñado de días durante los cuales se dejan oír por todas las esquinas de la ciudad las coplas de las agrupaciones “ilegales” (se las llama así porque no han concursado en el Gran Teatro Falla, pero tienen tanto mérito como las otras).

Por supuesto, tampoco falta entonces el colorido de los disfraces, confetis y serpentinas para completar el cuadro. Total, entre unas cosas y otras, Cádiz se tira cerca de un mes envuelta en el gran festejo.

No es que eligiéramos aquella fecha aposta. Ya se sabe que cuando uno va a pedir cita a la iglesia para estas cosas, se la dan a varios meses vista en el mejor de los casos. Y a nosotros nos tocó en uno de esos días donde la sal gaditana todavía se derramaba por todas partes.

Alec y yo habíamos llegado una semana antes. En lugar de cogernos quince días de luna de miel para recorrer algunos países americanos tal y como pensamos en un principio, planeamos dividirlos así, es decir, pasaríamos siete días de vacaciones por la bahía y otros ocho o nueve por aquel lejano continente al otro lado del Atlántico.

De esa forma, podría probar por aquí y por allá nuevas aguas donde bucear a su antojo. Nos alojamos en un lujoso hotel de Cádiz a pie de playa, en el mismo donde se instalaron nuestros padres y abuelos un par de días antes de la boda. El resto de los escoceses se buscaron la vida como pudieron y fueron cayendo en distintos tiempos y diferentes puntos a lo largo y ancho del mapa.

Ahora bien, la víspera, mandé a Alec a dormir a casa de mi tía Esperanza. Allí se vestiría y nos veríamos ya a las doce y media en la iglesia, y es que yo soy un tanto supersticiosa y dicen que el novio no puede ver antes a la novia, que eso trae mala suerte, por lo que no quería encontrarme ni de coña con él por los pasillos del hotel.

La mañana señalada amaneció de lo más luminosa y cálida, con ese sol radiante tan característico del sur que atrae a turistas nórdicos a mansalva. Nórdicos y no nórdicos, claro, porque por esos parajes lo mismo te encuentras a porrillo a suecos y alemanes que a peruanos o chinos en manada.

Eso sí, soplaba un viento de levante poco habitual en invierno pero que vino desde el desierto

africano a primera hora para no perderse lo que se cocería más tarde por allí. Yo estaba de los nervios, sentada en una banqueta de mi habitación mientras mi madre me peinaba.

—Patri, hija, cálmate, que ya está todo hecho, como aquel que dice.

—Ya, mamá, pero no puedo evitarlo. Además, me tiene súper intrigada lo del coro ese que ha contratado el primo Luis.

Ninguna de nosotras teníamos ni la más mínima idea de qué se trataba. Era uno de los temas que habíamos dejado en manos de terceros, ya que tanto Alec como yo teníamos claro que queríamos contar con alguna agrupación que amenizase con sus canciones nuestra salida por las puertas una vez convertidos en marido y mujer.

Roberto pululaba por allí diciendo que él sí sabía de qué se trataba y yo le amenazaba con que tenía que decírmelo sí o sí o no comería tarta.

—No vas a sobornarme, el primo Luis me ha dicho que me dará el doble de lo que me des tú si estoy calladito hasta el final. No acepto dinero y lo de la tarta me da igual.

—Pues el doble de leña te va tener que dar entonces, porque vas a cobrar como no confieses —le decía yo y él se tiraba al suelo de risa.

Lo que se nos hacía más complicado era dar con la gente idónea, pero este primo de servidora se ofreció rápidamente para buscarla, diciendo que él conocía a unos chavales muy graciosos que se dedicaban a estas cosas. Y tan graciosos, madre mía...

A las doce y cuarto ya nos esperaba abajo a mi padre y a mí el coche contratado para llevarnos hasta la iglesia, conductor incluido al volante. Era un descapotable inglés de época monísimo de la muerte, con sus flores a juego con las de mi ramo colgando de los tiradores de las puertas.

Lo malo es que, precisamente a cuenta del dichoso levante, tuve que ir todo el tiempo con las manos en la cabeza agarrándome el velo para que no me lo arrancase y saliera volando por la avenida.

En la placita donde se encuentra la iglesia ya se agolpaban los invitados cuando quisimos llegar. Los invitados y los no invitados, ya que no eran pocos los curiosos que se pararon allí en medio al verme bajar de tan espectacular coche.

Lo malo vino cuando empecé a ascender del brazo de mi padre por las escalerillas que conducían al templo. En ese mismo momento pasaron dos niños por detrás de mí, con tan buena suerte que uno de ellos me dio un pisotón justamente en ese mismo velo que yo temía que saliese andando por su cuenta cuando menos lo esperara.

Al siguiente paso que di sentí cómo la peineta que me lo sujetaba al pelo me decía adiós y acto seguido lo vi correr a mis espaldas como alma que lleva el diablo. A continuación, escuché un grito de la que debía ser la madre del chiquillo y un sopapo bien merecido al trasto aquel.

El percance quedó en una simple anécdota sin importancia porque mi madre, que salió

corriendo en mi auxilio y lo rescató de manos de una amiga que ya lo tenía atrapado, me lo volvió a colocar en un abrir y cerrar de ojos, pero la rajilla en el tul por el tirón ahí quedó. Lástima de mi traje recién estrenado.

No quise disgustarme más de lo debido. Estaba a punto de casarme con un hombre maravilloso que me esperaba a los pies del altar con la sonrisa de oreja y todas las miradas se enfocaban en mí mientras avanzaba por la alfombra roja que conducía hacia él.

La mía se desviaba de reojo de tanto en tanto hacia algunos varones escoceses ataviados con sus kilts, la típica falda de cuadros estilo colegial tan común en aquel país del Reino Unido.

¿Qué puedo decir de la ceremonia? Fue bonita a más no poder. De hecho, nos esperaba otra curiosa sorpresa en mitad de ella, aparte del “misterioso” coro con que concluiría. Rara es la boda en que algún familiar no dedica algunas palabras a los novios tras leer los salmos pertinentes ante el atril.

En nuestro caso, así fue también, pues mi hermano y la hermana de Alec soltaron los respectivos discursillos bien ensayados con anterioridad y con los que ya contábamos. Lo que ni él ni yo, y supongo que nadie más esperaba era que, al acabar ambos, su abuela levantara el brazo y pidiera la palabra.

Cogió a mi abuelo del suyo y allá que se lo llevó y se colocó con él de cara a todos los presentes. Ninguno entendíamos lo que estaba ocurriendo, pero el enigma se desveló pronto... bueno, entender, lo que se dice entender, costó un poco por aquello de su lengua a medias entre el inglés y el castellano.

Empezó dando las gracias a todos por la asistencia en un día tan especial para su nieto y para mí y siguió deseándonos a los dos toda la felicidad del mundo y un poco más. Hasta ahí todo normal, aunque lo que siguió fue un puntazo.

Hasta mi abuelo se quedó boquiabierto, y es que la mujer aprovechó el tirón para anunciar sus pretensiones de casarse con él al año siguiente entre aquellas mismas paredes. Es más, se volvió hacia él y le pidió matrimonio sobre la marcha.

Al pobre hombre se le empezaron a asomar las lágrimas a los ojos antes de poder contestarle con un “por supuesto que sí, cariño mío”. Los aplausos, inclusive los del cura, no se hicieron esperar.

La verdad es que a mí aquel tema me pilló totalmente desprevenida, pero había alguien en la familia que sabía de antemano la jugada y ese alguien no era otro que mi primo Luis, a juzgar por lo que pasó un rato más tarde.

Terminada la ceremonia nupcial, enfilamos hacia la salida, donde nos cayó una lluvia de pétalos de rosas y arroz como para unas cuantas paellas, a manos de los más pequeños. Lo típico, vamos.

Lo atípico era el grupo que me había tenido intrigada hasta entonces y que habría de poner la guinda con sus cancioncillas allá fuera; una decena de chavalillos pertenecientes a una de las agrupaciones carnavalescas más famosas de Cádiz.

Los muchachos iban vestidos de smoking y no necesitaron más instrumentos que sus palmas, sus voces y la gracia que da aquella tierra para hacernos reír a todos a carcajadas cuando comenzaron a entonar una letrilla encajada con arte en la música del viejo tanguillo de los duros antiguos...

*Todas las faldas de cuadros
que estamos viendo por carnaval*

*al pie de la escalinata
de esta vieja catedral
saldrán en las chirigotas
durante diez años más.*

*Que aquí está medio "Cai"
y media Escocia,
pero ha dicho una abuela
que en unos meses*

toca su boda.

Si sigue pregonando

se va a liar

que dicen que aquí en "Cai"

hay que mamar...

Hoy va la Patricia

vestida de novia

con su traje blanco

y su cara preciosa.

Pobre de Davida

llegada su hora,

*que, enfundá en el suyo,
dirán “vaya momia...”
El Alec como es un buzo,
se ha “casao” en esta tierra
que dice que aún no ha “catao”
la almeja a la marinera.
La madre ha salío llorando,
pero lo hace de alegría
que el niño al fin se ha “centrao”
porque de chico de “ná” “comía”,
y es que entre pitos y flautas
van a acordarse “tos” de este día.*

Razón les sobraba a los jóvenes chirigoteros. No solo nos acordamos y nos seguiremos acordando toda la vida por lo bonito y lo emotivo que resultó, sino que cada vez que lo hacemos volvemos también a reírnos a lo bestia, cada uno por un motivo determinado y todos por todo en general. Fue un día de febrero saleroso a más no poder.

Dimos el banquete en unas conocidísimas bodegas de Jerez de la Frontera, otro marco sensacional en que tampoco faltaron simpáticas anécdotas para el recuerdo, como la de los mariachis que estuvieron tocando durante el almuerzo entre las mesas con sus sombreros de charro y sus guitarras.

Ese sí que era un grupo contratado personalmente por nosotros, pensado ya en lo que nos depararía en México, uno de los destinos en nuestro viaje de novios. La cosa es que uno de los hombres no me quitó ojo en todo en el tiempo.

Cantando bien cerca de mí lo de *“las mañanitas que cantaba el rey David a las muchachas bonitas”*, incluso se atrevió a guiñarme un ojo, aunque yo no le hacía ningún caso, lógicamente.

Mi amiga Virginia me dijo en un momento dado que estuviera al quite y que no le perdiera mucho de vista por si acaso en un futuro me veía divorciada allá en las Highlands y me apetecía aterrizar en la otra punta del planeta, que el tipo era “una jartá de guapo”.

Gaditana tenía que ser para venirme con esas en mi propia boda. La verdad es que el hombre tenía su atractivo, sí, pero como mi Alec no ha nacido todavía otro que lo iguale ante mi vista. Bello por dentro y por fuera, no puedo ser más feliz a su lado a estas alturas...

Epílogo

2 años después...

Si me hubieran dicho al oído que todas las lágrimas que derramé en su momento cuando me enteré de lo de Kilian con Miriam se volverían bendiciones más adelante no me lo hubiera creído, pero así ha sido.

De entrada, no hay comparación posible entre aquel traidor y el hombre con quien comparto ahora felizmente mi vida. No digo que Alec sea perfecto, pues tiene sus faltillas como todo el mundo, pero puede decirse que está hecho de otra madera, que en líneas generales es un hombre estupendo, que intenta cada día que mi vida sea maravillosa.

Y un padrazo. Sí, tenemos una niña de un añito con la que se nos cae la baba a los dos. Juega con ella, la mece entre sus brazos y le canta nanas para dormirla, le cambia los pañales y la ropita, se encarga de bañarla y de darle las papillas, de llevarla al pediatra para sus revisiones... en fin, que está con ella como Mateo con la guitarra.

Normal, y no es pasión de madre, que todo el mundo me dice que parece una muñeca. Mi niña es una Pipi Lastrum pero en miniatura, con esa melenita pelirroja, los ojazos verdes heredados de la familia paterna y esa cara tan blanquita con las mejillas salpicadas de pecas.

Después de casarnos, seguí durante un tiempo trabajando en la granja junto a Bonnie. No es que me fuese mal y que por ello decidiera marcharme, al contrario, pero Alec sabía que mi deseo desde siempre era poder abrir en un futuro mi propia clínica veterinaria y también en eso quiso complacerme.

Teníamos un dinero guardado, gran parte de él, gracias a la boda, y es que los invitados se portaron genial con nosotros en ese sentido. Aparte, mis padres pagaron el convite y los de él nos regalaron el viaje de novios para estar a la altura, de forma que nosotros casi no tuvimos que

poner un céntimo para aquello.

Así pues, la pasta de los generosos sobrecitos con que nos obsequiaron tantos como vinieron al enlace, la guardamos con idea de buscar más adelante una casita más grande en el campo donde ampliar la familia y en la que los hijos que fueran llegando crecieran a sus anchas.

En ello estamos. Me refiero ahora a lo de la casa, pero vamos pasito a pasito porque mi marido prefirió invertir por lo pronto el dinero en hacer mi sueño realidad, diciendo que la casa podía esperar un poco.

Además, tampoco va a tardar ya mucho en llegar, ya que Bonnie y yo trabajamos sin tregua codo con codo y estamos ganando bastante dinero. Afortunadamente, trabajo no nos falta a ninguna de las dos en “Healthy animals”, el negocio que inauguramos con tanta ilusión tras dejar la granja a los dos meses de nacer mi hija.

No dudé ni un solo segundo en traérmela allí a trabajar conmigo, ya que somos uña y carne y ella es una profesional como la copa de un pino. Ambas disfrutamos como enanas a diario curando heridas de animales de todo tipo, administrándoles sedantes, poniéndoles vacunas, etc.

Sin duda, es un trabajo súper gratificante, lo cual puede corroborar cualquiera que se dedique a esto y que adore a los animales como nosotras. En cuanto a Davida y mi abuelo Manuel cumplieron su promesa de casarse allí en Cádiz a pie de playa en el mismo lugar en que lo hiciéramos Alec y yo, esa Catedral Vieja que guardamos con tanto cariño en nuestras memorias.

Fue de risa. A ver, no hablo de su boda. Bastante ya con la nuestra...bueno, también tuvo lo suyo la de ellos. Lo que quiero decir es que Davida, por aquello del idioma, no cogió bien la letra del tanguillo aquel que nos cantaron los chirigoteros al salir.

Se la explicamos más tarde durante el banquete y pareció no hacerle tanta gracia como al resto. “¿Una momia yo?”, repitió varias veces seguidas con cara de estupefacción delante de los presentes, que no paraban de reír entre sus muecas y el recuerdo de la simpática letrilla.

Por lo que me contó mi abuelo, le dijo más tarde a solas que bajo ningún concepto pensaba casarse en ese templo por las mismas fechas, no fuera que la vieran salir por sus puertas por un guiño de la vida aquellos individuos u otros de la misma calaña y la emprendieran con ella otra vez.

La pobre mujer no entiende la falta de maldad en esa guasilla que nos caracteriza a los gaditanos de pura cepa. Ni ella ni muchos otros forasteros. Por tanto, cuando le dieron a escoger entre un par de fechas, una en abril y otra en agosto, no se lo pensó dos veces.

Descartó del tirón el mes de agosto. Decía que nada de eso, que haría mucho calor para entonces y que la primavera le gustaba más, que era más fresquita y más alegre. Y así fue como la ignorante fue a casarse en plena Semana Santa en la capital gaditana.

A decir verdad, tampoco mi abuelo se dio cuenta de antemano de que su boda coincidiría en el calendario con la festividad religiosa de aquel año. El asunto es que la mujer iba tan contenta en el Mercedes Benz que la llevaba de camino a la iglesia aquella tarde, oyendo los tambores y cornetas de una procesión a lo lejos.

Según me contó luego Alec, que la acompañaba en el lujoso coche al ser su padrino de boda, la abuela iba más ancha que larga pensando que la música procedía del interior del templo ante la inminente aparición de la novia.

Lo que sí se le antojó minutos después como una aparición terrorífica fue el par de penitentes que surgieron de golpe como de la nada y atravesaron a la velocidad del rayo la plaza. Debía ser que los dos infelices llegaban tarde a la cita con el paso que se mecía por las inmediaciones a compás de la banda.

Descalzos, vestidos de negro de los pies a la cabeza y agarrándose el faldón delantero de los capirotos para no perderlos con tanta prisa, le dieron tal susto al cruzársele por delante que la mujer hizo aspavientos con los brazos y se llevó la mano al pecho como si fuera a darle un telele.

Hasta el ramo se le cayó al suelo, aunque la gota que colmó el vaso del cachondeo fue una saeta cantada desde un balcón que ninguno alcanzábamos a ver desde allí, una vez fuera al concluir la ceremonia. Debía provenir de alguna calle colindante.

Davida puso los ojos como los búhos y ladeó ligeramente la cabeza como queriendo agudizar el oído para captar algo de lo que entonaba aquella voz femenina. No sé si pilló ni media palabra, pero se volvió a mi abuelo y le dijo que las cosas tampoco eran así.

Que una cosa es que no quisiera que se pitorrearan de ella los del smoking y otra muy distinta que le cantaran algo tan triste y a capela. Para colmo de los colmos, sin dar la cara, vaya usted a saber “desde donde nos está cantandín la «gasshí»”. Ahí fue cuando mi abuelo estalló de la risa.

Y yo lo cuento riéndome también a carcajadas aún. Dos personajes que el destino quiso que tropecientos años después se reencontraran, un mismo escenario, dos bodas, dos matrimonios felices y que, como dijo el sacerdote, hasta que la muerte los separe...

